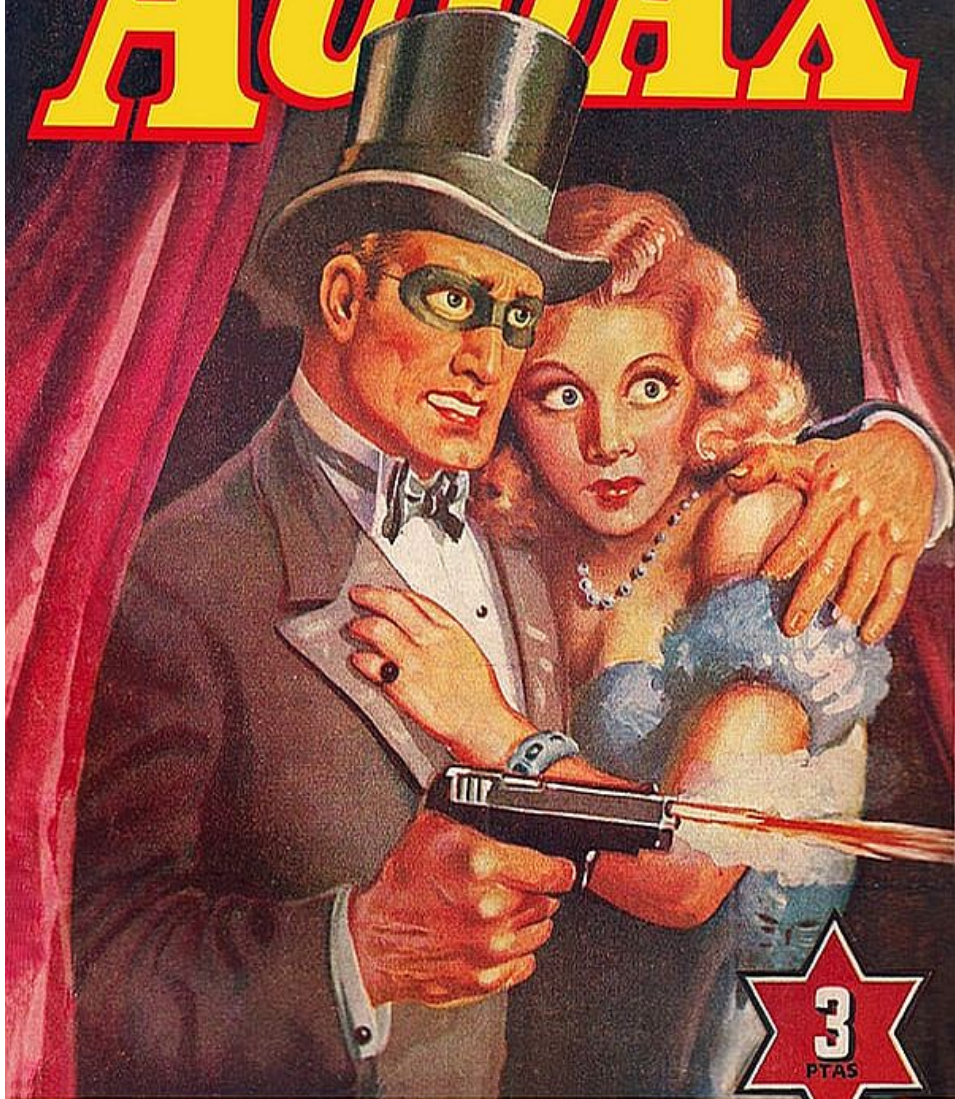


AUDAX



ALTA SOCIEDAD

Michel Reyhan, un médico psicoanalista con clientela millonaria, recibe la visita de un desconocido que le exige el pago de cien mil dólares mensuales, bajo la amenaza de inducirle a matar a su amada esposa. Aterrado, contrata los servicios de Roy Cadger, afamado investigador privado, quien se convierte en el protagonista de la novela, descubriendo entre un grupo de invitados a la residencia de Reyhan, todos de la alta sociedad, al verdadero inductor de este chantaje. AUDAX, bajo su habitual apariencia de Lord King, acompañado de «*Baby*», es un invitado más del doctor y en este caso, mero espectador del drama.



P. V. Debrigode

Alta Sociedad

Audax - 4

ePub r1.0

Editor 23.01.17

Título original: *Alta Sociedad*

P. V. Debrigode, 1946

Portada: Provencal

Ilustraciones interiores: Cifré

Editor digital: Editor

ePub base r1.2



AUDAX

por
P.V. DEBRIGODE



EDITORIAL



BRUGUERA



CAPÍTULO PRIMERO

Falsificaciones

La rubia tenía toda la grácil apariencia de una muñeca llenita y de espiritual dulzura. La morena rondaba los treinta y cinco, y era una mujer de morena belleza que recordaba por su línea la escultura de principios de siglo.

Dedicábase esta última a leer una revista humorística, mientras su mano izquierda desaparecía de vez en cuando en una caja de chokolatines.

La rubia leía con sumo atención un libro de lujosa encuadernación, y, armada de lápiz, marcaba a veces un signo de admiración en el margen de las hojas.

—Una simbólica falsificación que engañaría a cualquier espectador de los que presumen de psicólogos intuitivos —dijo un individuo, entrando en el salón, procedente de una habitación cercana.

Lord King tenía todo el aspecto de un intelectual que, metódico, no olvidase todas las mañanas su hora de gimnasia. El cabello negro, rizado, contrastaba agradablemente con el risueño azul de sus ojos.

La muñeca rubia, vestida deportivamente y plasmando una perfecta imitación de las bebé-vampiresas exportadas por Hollywood, levantó la vista de su lectura: *Los estilos pictóricos del siglo XVIII*.

—Buenos días, patrón. Como saludo matinal ha largado usted cuatro palabrejas incomprensibles. ¿Dónde está la simbólica falsificación?... ¿Y esos psicólogos intuitivos andan sueltos por la

calle sin bozal?

La morena, de serenos gestos elegantes, dejó caer la revista humorística sobre su regazo.

—Buenos días, señor. Supongo que la simbólica falsificación estará en la apariencia de «*Baby*» leyendo una obra sesuda...

—Eso es. Y tú, genio de la sensatez, leyendo chistes. ¿Vas ya asimilando las enseñanzas de lo que lees, «*Baby*»?

—Asimilo, pero marco aquello que no comprendo..., y el libro está lleno de marcas.

—Aclararé, tus dudas en el «Montdor». Prepara el equipaje, y al mediodía nos iremos. Voy a ultimar unos detalles. Hasta después.

Lord King, el hombre mejor vestido de Nueva York, abandonó el piso magníficamente entretenido, por «Grumpy», el ama de llaves, tía de «*Baby*», la secretaria.

«*Baby*» cerró el libro con evidente alivio. Su tía la miró con cariñosa envidia.

—Vamos al «Montdor» —dijo, dubitativa, la secretaria—. Eso ¿qué es, tía? ¿Un museo de momias o una subasta de vajilla prehistórica? Con un patrón que durmiendo sueña en los tirantes del primer faraón, nunca se sabe dónde la lleva a una.

—El señor es el técnico más experto de la ciudad en descubrir falsificaciones artísticas. Y ya que él mismo habló de falsificaciones, ¿por qué no intentas modificar tu lenguaje, «*Baby*»? Sabes que te reprocha tu vulgaridad. Modera tus frases, mueve la lengua siete veces antes de hablar, y mejorarás mucho.

—¡Diablos, no! Entonces, yo sería una falsificación.

A las tres de la tarde, en el «Auburn» conducido por Lord King, y adornado con vistosas maletas que sobresalían del asiento posterior del *roadster*, «*Baby*», sentada junto al volante, quiso demostrar sus últimas adquisiciones en el terreno intelectual.

—El libro que me ha dado usted para que me lo empolle, tiene cosas graciosas. Relata casos de estafas y tiene salero. Y es lo que yo digo, patrón: usted tiene que ser endiabladamente listo para adivinar lo que es falso y lo que es *chachi*.

—Contempla mi perfil, «*Baby*». ¿No observas una sonrisa, indulgente? Es la misma que tengo cuando descubro los engaños que sufren los nuevos ricos al adquirir presuntas obras maestras. No me produce indignación, como tampoco me la produce que tú,

siendo una obra de arte moderno, estropees tu colorido y la riqueza de tus matices con brochazos verbales de estulta y adocenada retórica.

—¡Duro! Prosiga, que, aunque me insulte, no me entero. ¿No le indigna que existan estafadores?

—No, porque en cada mixtificación se muestran patentes dos facetas de la especie humana, ambas simpáticas, aunque en este caso actúen una contra la otra: la credulidad y el ingenio de los hombres. La credulidad ridícula del *parvenu*, que cree que durmiendo en un lecho que le aseguraron perteneció a Napoleón, supone que ha alcanzado varios grados más de categoría. Y el ingenio del falsificador, que es un talento descarriado, hacia quien van todas mis simpatías.

—Oiga, patrón. Tendrá que comprarme un diccionario si quiere que comprenda muchas de sus palabras. Ha viajado usted demasiado, y el ser *politrotter* enrevesa, su amena charla.

—Supongamos que quieres decir que soy políglota. ¿No es bonito aquello?

Y, liberando una mano del volante, señaló Lord King una carreta de heno que, arrastrada por dos bueyes, atravesaba el campo recién segado.

—Me gusta más el «Auburn». Es más rápido y traquetea menos.

—Falsificación. Antes se vivía más apaciblemente, al ritmo de una yunta de bueyes cansinos, pero que eran un compendio de filosofía. «No os apresuréis —parecían decir—. Ya llegaremos todos al mismo final». Pero el sol reluce y la carretera nos devora. Te gustará el «Montdor». Es un hotel playero donde sólo admiten a clientes de reconocida moralidad y solvencia moral. Alta sociedad.

—¿Y me lleva usted allí para revolucionar el cotarro?

—Aunque me esfuerce a veces en pensarlo, recuerdo siempre que eres una excelente secretaria, experta taquígrafa y buen cerebro plástico que sabe asimilar perfectamente. No muy lejos del «Montdor» está el chalet-clínica del famoso Michael Reylan...

—¡Guá! ¿El médico de las locas millonarias?

—Los periódicos y las revistas científicas le designan de otro modo. Le llaman «el mejor discípulo de Freud». Ha adquirido recientemente varias obras de arte, y le he sido citado como técnico. Muy cortésmente me mandó una carta solicitando mi visita.

A eso vamos.

—Ya. Usted es el desfalsificador de moda, y Michael Reylan es el freudiano que le obliga a uno a contar sus sueños y le dice, por ejemplo: «¡Ah, vaya! ¿Conque usted sueña en cucharillas de plata que suben por las paredes? No me diga, no me diga. Usted padece de timopatía ansiosa, y, siendo chiquitín estranguló a un perro de aguas. Mate a un “Terranova” y se curará».

Lord King esbozó una divertida sonrisa, y casi con asombro miró a su secretaria. Prolongó la mirada y tuvo que acudir a su maestría de conductor para no meter las ruedas delanteras en la cuneta.

—Para emplear una de tus expresiones, diré que me has dejado turulato y despachurrado. ¿Dónde has adquirido tu manantial científico sobre Freud?

—El cine instruye, patrón. Hay ahora epidemia de películas raras, que no entiendo. *Spellbound*, en la que Gregory Peck, mi favorito, rechina los dientes y se desmaya cada vez que ve un mantel blanco o un sorbete de hielo. Y en *Rejas humanas*, el bruto de Chester Morris resulta que es un pistolero que sueña con paraguas... Y un médico raro, hablando rarezas, les quita el sueño..., mientras yo me duermo, y me tiene que avisar el acomodador.

—Quizá tu encanto reside en que no te avienes a falsificar tu buen fondo natural, y las morbosidades no hallan campo en ti.

—¿Morbosidades? ¿Tiene algo que ver con el olvido de usar el pañuelo?

* * *

Michael Reylan poseía la clínica-chalet apropiada a su especial clientela, semicompuesta por elegantes que afectaban inquietudes nerviosas para demostrar que poseían cerebro y mucho dinero sobrante, y otro núcleo realmente compuesto por enfermos nerviosos.

Aseguraban que ganaba millones, pero en aquellos momentos, sólo en su despacho particular, no ofrecía el aspecto de un hombre al que todos los supuestos ingredientes de la felicidad sonríen.

Su flaco rostro de ojos encendidos aparecía hundido entre dos manos nerviosas y blancas, cuyos dedos largos y vibrátiles mesaban

el nacimiento de su cabello abundante y negrísimo surcado por estrías canosas.

Y así fue sorprendido por Roy Cadger, el inteligente y afamado investigador privado, cuya mejor cualidad era su aparente estolidez.

Rechoncho y vestido pulcramente, Roy Cadger podría ser para los que no conocían su privada actividad un cajero de banco; un gerente de ventas, cualquier empleo rutinario donde no se requirieran grandes dotes de iniciativa cerebral.

Sólo sus ojillos penetrantes tenían cierta viveza paradójica en el rostro de luna llena.

—Buenas tardes, señor Reyln. Tengo entendido que me necesita usted.

El médico asintió con ademán fatigado. Le señaló al detective una butaca frente a su mesa.

—Ante todo, Cadger, exijo de usted la seguridad de que, fracase o no, usted nunca repetirá lo que voy a narrarle.

—Mi disciplina es mantener siempre un hermetismo absoluto. No obstante, tengo también por norma no emprender ninguna investigación si en mi cliente hallo la menor reticencia. Compréndame, doctor. Usted tampoco podría curar si su enfermó se callara algún detalle. Estamos a tiempo. Puedo regresar a Nueva York si no desea usted sincerarse conmigo.

—¿Por qué lo supone?

—Un médico como usted se ha hecho célebre por su diagnóstico seco, preciso. Vulgarmente hablando, usted no se anda por las ramas. Su recibimiento me hace creer que quiere y no quiere sincerarse. Me necesita y a la vez preferiría callarse.

Michael Reyln adquirió un repentino respeto hacia el hombre que por su aspecto le había decepcionado.

—No cabe duda, Cadger, que Cada oficio agudiza su especial psicología adivinatoria. Sin preámbulos. Tengo que matar a mi esposa...

Roy Cadger aceptó aquella declaración absurda con la misma tranquilidad que si le hubieran ofrecido un cigarrillo. Limitóse a asentir en silencio.

—Son muchos los maridos que sienten este deseo, pero no lo manifiestan —dijo, sonriendo tristemente, el médico—. Otros, menos brutales, dirán que el matrimonio es una institución creada

para volver cuerdos a los hombres matando en ellos el amor. ¡Pero yo amo con frenesí a mi esposa! Y tengo que matarla. No se anticipe y me defraude hablando de infidelidades. Mi esposa es intachable. Y tengo que matarla.

—Quizá, si en vez de narrarme el epílogo, empezará desde el principio, podría yo evitar el defraudarle.

—Estoy al borde de la ruina, Cadger.

Ahora sí que manifestó su extrañeza el detective. Redondeó la boca infantil en una «O» mayúscula.

—Perdone, doctor. Yo, por investigación en la que intervengo, percibo diez mil dolares. Usted, por consulta y curación, percibe el triple. Ambos sólo podemos estar al borde de la ruina encendiendo las chimeneas con paquetes de billetes de a mil.

—Hasta hace poco mi mayor capricho era la adquisición de antigüedades. Son caras, pero podía permitirme este lujo. En realidad, sabía que el progresivo aumento de clientela mantendría mi tren de vida. Pero desde hace tres meses pago sin cesar... Cien mil dolares mensuales.

—¿Chantaje?

—Sí y no. Soy médico y no tengo superstición alguna. Pero hay imponderables que escapan a la ciencia.

—Repito mi sugerencia, doctor. Empezé por el principio.

—Hace tres meses, un viernes precisamente, al final de mi consulta entro mi último cliente. Usted ve que este despacho particular es perfectamente; discreto. Las puertas están acolchadas. Imposible que nadie oiga lo que aquí se habla.

—Lo he visto ya. Siga.

—El hombre, el desconocido —un rostro que nunca había visto y que seguramente nunca volveré a ver, acababa de entrar. Bruscamente sacó una automática y me la colocó delante de la frente. Habló en términos mesurados, casi corteses. No recuerdo las palabras exactas... Yo buscaba la manera de aprovechar un momento de distracción. Me dijo primero algo semejante a: «Doctor, vengo a verle por un asunto grave. He aquí: necesito cien mil dolares cada mes y vengo a pedírselos». Naturalmente, supuse que me las había con un loco...

—Ahorre sus opiniones. Relate.

—Sin perderme de vista, sin permitirme un movimiento ni un

gesto, muy tranquilamente me explicaba: «Esos cien mil dolares me los enviará por correo, en billetes de a mil, en paquete postal certificado como impresos. Vacíe con una hojilla de afeitar las hojas del libro, dejando los márgenes, y coloque en este vacío los billetes. Un médico enviando un libro de medicina voluminoso nada tiene de particular. Recibirá la indicación del sitio dónde debe mandarlo dos días antes de cada envío...».

—En efecto, suena como algo de loco.

—Locura. Éste fue mi primer diagnóstico. El individuo hablaba con absoluta calma: «Si no realiza el primer envío, me veré obligado a inducirle a matar a su esposa. Usted la matará con sus propias manos». Mi sobresalto de incredulidad debió ser tan patente, que él prosiguió: «Este asunto es muy posible que le haga el efecto de que soy un pobre loco. Debo, pues, darle ciertas referencias para que no lo crea usted así. Mañana debe usted operar a Algernon Van Dorn. Un forúnculo ántrax en la nuca. Una operación sencillísima. Bien. Usted lo matará. Créalo o no, cuando entierren a Van Dorn usted me creará y tendrá la certeza de que no puede desobedecerme».

Hizo una pausa Michael Reylan y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Cálmese! Procedamos por orden, doctor. ¿Cómo salió el chantajista?

—Bruscamente hizo un gesto... Tuve la sensación de recibir en pleno rostro una pulverización líquida... El olor me era conocidísimo. Cloruro de etilo. Perdí el conocimiento, y al recuperar los sentidos estaba solo.

—¿Y al día siguiente...?

—Operé a Van Dorn. Una intervención que podría haberla realizado un simple estudiante de quinto grado. Maté a Van Dorn.

—¡Bah! Chiquilladas, doctor. Un ántrax tiene ramificaciones peligrosas. El cerebro pudo ser tocado en una fibra que...

—Perdóneme la presunción de que yo entiendo de procesos operatorios. Van Dorn no podía morir. Murió. Envié cien mil dolares a la dirección que me indicaron telefónicamente. Fui advertido de que si dejaba de pagar, yo mismo mataría a mi esposa.

—Absurdo, doctor. Ustedes, obligados a vivir entre desquiciados, suelen contagiarse ligeramente. No se enfade. Si usted opera con un bisturí, yo tengo que hablar sin circunloquios ni adornos.

—Le imitaré. Voy a vender mi colección de antigüedades. Pagaré, pero, mis mayores ingresos me los proporcionaban las operaciones. La muerte de Van Dorn me ha perjudicado en este aspecto, y, aunque así no fuera, yo no quiero operar más. Cuando termine mi dinero... ¡ese genio infernal me obligará a matar a mi esposa! ¡Antes, me suicidaré!

Roy Cadger sonrió insensiblemente. Avanzó el busto rechoncho.

—Falsificación, doctor. Falsifica usted una sinceridad que no existe. No voy a aconsejarle que se suicide, pero atiéndame: un hombre de su categoría social no tiene creencias de plebeyo supersticioso. Ha empleado usted la expresión «genio infernal», tan agradable a oídos de portera. ¿Quiere mi opinión con bisturí? Saldré de aquí y nada de lo dicho lo sabrá nadie. Pero... si su esposa muere, yo mismo vendré a detenerlo, doctor.

Michael Reyland no se sobresaltó. Limitóse a sonreír con infinita tristeza.

—Es exactamente lo que yo haría en su lugar, Cadger. Tuve por cierto que usted supondría que yo estaba preparando el asesinato de mi esposa, prestándole ciertos carices de freudianismo. Queda usted libre de comportarse como quiera, Cadger.

Roy Cadger se levantó, dirigiéndose a la puerta. Regresó y volvió a sentarse pesadamente.

—Detálleme el aspecto de su desconocido.

—Vulgar. Nada sobresaliente. Un individuo como se encuentran a montones. Más a su favor, Cadger, para que, si mi esposa muere a mis manos, me detenga usted.

—Cuando llegue el momento, lo veremos. Por el instante, le notifico que percibo mis honorarios por anticipado. Fírmeme un cheque por diez mil dolares, si quiere que procure aclarar ese freudianismo especial.

—Gracias, Cadger. Lo reputan superinteligente.

—Espero demostrárselo. Gracias —y Roy Cadger sopló sobre la reciente firma del cheque—. Ahora, sométase a mi interrogatorio...

* * *

—... y en esas esferas de ociosa elegancia hay mucha falsificación, «*Baby*». Hombres que sonríen deseando matar; mujeres

amables que son arpías sin alma en su hogar. Egoísmo insondable; frivolidad cruel...

—¡Diablos! ¿Por qué no vamos a la caverna de Alí Babá? Al menos allí sabemos que eran cuarenta ladrones sinceros. Detesto las disimulaciones.

—Ocultar con sonrisas los dramas del alma, es una actitud elegante, «*Baby*». Debes admitirlo.

—No trago. Yo, si tengo una rabieta, pataleo, y me quedo divinamente descansada. Si alguien me es antipático, se lo digo, y me quedo como si hubiera comido una perdiz trufada.

—Así actuaban en la Edad de Piedra... y vivían felices. Una advertencia, muñeca. Tan pronto se detenga el coche, y bajes, habrás pasado de la Edad de Piedra a la época actual. Lo cual, traducido, significa que eres mi secretaria y sólo hablas correctamente y cuando yo te pregunte.

—Trato hecho.

En la suntuosa residencia-clínica de Michael Reyln, el «Auburn» describió una curva en la amplia explanada rodeada de jardines. Vino a detenerse junto a la escalinata de blanco mármol.

Las maletas habían sido dejadas en el «Hotel Montdor».

Un obsequioso individuo de amable rostro salió al encuentro de Lord King y su secretaria.

—Buenos días. Permítame presentarme. Richard Blunt, secretario del doctor Reyln. El doctor vendrá inmediatamente, señor King. ¿Desea, mientras, aguardarle en su museo privado?

—Excelente espera. Gracias, señor Blunt.

El secretario les precedió hasta dejarles solos en una vasta sala, reproducción fiel de cualquier sala de museo nacional.

Era el museo privado del doctor Michael Reyln.

—Huele todo a millonario sin falsificación, patrón —bisbiseó religiosamente «*Baby*»—. Todo este decorado me impone un gran respeto.

—Lo celebro, y deseo que esta sensación se prolongue. Ahora, si me lo permites, intentaré darte una lección de arte.

CAPÍTULO II

Una lección de arte

Vasos etruscos, bronce pelásticos, torsos de estatuas griegas y admirables bajorrelieve desfilan explicados por Lord King. «*Baby*» deseaba aprender, pero sentía síntomas enervantes de próximos bostezos.

—... y esa sección de cuadros es magnífica. Naturalmente, son imitaciones adquiridas así a ciencia cierta por el doctor. Pero están bien reproducidas empleando composiciones mezcla de fotografía y artificio pictórico. Ahí tienes dos Van Dyck, escapados de la prolijidad disecante de la miniatura. El color es una caricia suave e inteligente. Como lastré, el detalle, perseguido con demasiada minucia, casi con insistencia maternal. Pero hay armonía y equilibrio.

—Pregúntame si me gusta, patrón.

—No pensaba en ti, «*Baby*». Pienso en voz alta. No quiero oír tus pensamientos profanatorios. Fijémonos en esta copia del maestro de Flemalle, que para unos es Jacques Daret y para otros Hubert Campin. Esmero y cicatería de orfebre...

«*Baby*» estiró su cuerpo lánguida y felinamente. Lord King descendió de su ensoñación cultural. El ademán de su secretaria era también una lección de arte de vivo aburrimiento. No podía reprochárselo...

—Buenos días, King. Perdóneme el retraso. Un enfermo... —y Michael Reyland, sonriente, imagen del bienestar sin preocupaciones, avanzó tendida la diestra hacia King—. Necesito su amable expertización de perito.

—La señorita es mi secretaria Joan Telma.

—Encantado, señorita. Y no es fórmula de banal cortesía formularia. Representa usted, señorita, la perfecta compensación equilibrada de una belleza sana y un temperamento quieto sin complicaciones. Para que siga usted disfrutando de esos dones, déjeme invitarla a un cóctel. Richard la atenderá. ¡Richard! Haga los honores a la señorita.

«Ese curalocas me echa con elegante puntapié», pensó «*Baby*», pero, con leve inclinación de cabeza, salió en compañía de Richard Blunt.

Michael Reyland cogió del brazo a Lord King.

—Necesitaba estar a solas con usted, King. Deseo hacerle varios obsequios a mi esposa, y aquí sobran antigüedades, de las que me he cansado. He vendido algunas ya. Pero hay dos que son mis piezas supremas: me desprendo de ellas con cierta pena. Pero mi esposa se lo merece. Francamente, y perdóneme el detalle de mal gusto: estoy algo corto de fondos. Quiero vender aquel basalto y esta tabla. Necesito, por tanto, saber, cuánto puedo pedir actualmente. Hace años pagué por el basalto doscientos mil dólares, y por la tabla, un cuarto de millón. Supongo que hoy habrán triplicado su valor cuando menos. Los adquirí a la condesa Rumskaya, cuando se arruinó en una infeliz especulación de Bolsa.

Lord King pestañeó al oír el nombre de la condesa polaca. Pero no dio su opinión. Contempló la magnífica estatua, de tamaño mayor que el natural en basalto negro: un Ramsés, procedente de las ruinas de Tebas.

—El experto Skienwick lo catalogó como un Ramsés III, de la XIV dinastía —explicó Reyland.

—Así parece. Tiene toda la apacible majestuosidad de los artífices egipcios. Ojos incrustados de esmalte, nariz semítica, buena calidad de los jeroglíficos, mucha vejez en la pátina... ¿Tiene usted buenos nervios, Reyland? Preguntarle esto a un médico es absurdo. Pero estoy hablando con el hombre amante de las antigüedades.

Palideció levemente Reyland.

—No le entiendo, King.

—Rumskaya y Skienwick son nombres polacos. Solidaridad patriótica. Tengo entendido que la condesa sigue siendo una dama

respetada, y anda por Europa colocando magníficas falsificaciones. Usted es un hombre espiritual, doctor. Puedo decirle, sin temor a que sufra un ataque de apoplejía, que este Ramsés III ha sido tallado en pleno París, de un bloque extraído de alguna cantera de la Provenza. Le habrá costado al artista falsificador unos diez mil francos el total de esta obra de arte. Su admirable trabajo, sus conocimientos de la antigüedad egipcia, ¿pueden pagarse con menos dinero del que usted ha pagado?

—Debe... debe equivocarse, King. Dicen que es usted el mejor perito de Nueva York, pero así, a simple vista, el diagnóstico...

—Los Ramsés III están todos en poder del museo londinense. Lo siento, doctor. Es una excelentísima y valiosa falsificación.

Una tabla rectangular, con el colorido claramente definido e inconfundible del brujo del pincel, fue señalada por Michael Reylan.

—Este Greco es legítimo, King. No me cabe la menor duda.

Representaba el cuadro a un hombre venerable que repartía limosnas y que besaba compasivo el rostro ulcerado de un niño leproso.

—Es una admirable copia. El cuadro auténtico se halla en poder del diplomático italiano barón de Fasciotti. Lo he visto en su palacio de Roma hará tan sólo diez meses.

—¡Imposible!

—Escúcheme. Hay en Trieste un pintor ya viejo que se emborracha diariamente para olvidar una pena de amor que lleva en el pecho hace muchos años. Ese pintor, que podría ser millonario si no necesitase ahogar sus recuerdos en el alcohol, posee el secreto de una pátina que da el color de los años.

—Exhibe usted una erudición tan detallística, King, que olvido mi decepción y le escucho atentamente.

—Como médico no ignorará usted que los lobos tienen una sangre muy pobre en glóbulos rojos. Pues bien, el pintor de Trieste bate la sangre de lobo con una substancia decolorante que nadie sabe cuál es, y forma con ella un barniz ligero. Este barniz, aplicado a una copia, le da una autenticidad y una autoridad de todos los siglos que sean precisos. Hay que estar iniciados en el secreto para descubrir el engaño. Mire basta poner en el cuadro falsificado la luz de una cerilla, pasada por el Cristal, de una lente convexa, para que el punto de luz descascarille la pátina. Mire.

Y, encendiendo una cerilla, Lord King acercó la llama al cuadro a través de una pequeña lente que sacó de un estuche de bolsillo. Dos o tres puntos del cuadro saltaron, resquebrajándose.

Michael Reyland sonrió con visible esfuerzo.

—No puedo quejarme, King. He recibido una lección de arte algo cara, pero en lo futuro me dará sabía precaución. ¿Qué cifra pongo en su cheque, King?

—Una consulta tan corta y decepcionante, doctor, no puedo, valorarla. Casi, casi sería yo quien debería firmarle a usted un cheque. He decidido tomarme un reposo de varios días en el «Montdor». Si me necesitase, estoy enteramente a su disposición.

—Hónreme una noche de éstas en cenar con nosotros. ¿Tiene compromiso para el lunes?

—Ninguno. Acepto encantado. Me instruirá usted en esa difícil ciencia del médico de Viena.

En el «Auburn», «Baby» conservó un silencio respetuoso. Conocía a su patrón, y lo notaba intrigado.

Al fin, cuando ya se divisaba la playa y el edificio del «Montdor», Lord King murmuró:

—¿Para qué me hizo venir, si tenía que saber perfectamente que había comprado dos falsificaciones? Un hombre inteligente cómo es Michael Reyland, no compra ni paga esos precios sin acudir a un experto cualquiera, que prontamente le hubiera descubierto la falsedad. Bien, he venido a reposar. ¿Qué tal, «Baby», un buen baño y un paseo en acuaplano?

—¡Viva! Ya era hora que se olvidara usted de cuadros y piedras. Oiga, yo soy torpe de sesera, pero el médico ese me ha llamado idiota. Sí, sí, con mucha finura, ha venido a decir que tengo por calabaza una concavidad ósea repleta de serrín anti-inflamable. ¡Diablos! Al menos yo no tengo la cara de loco que él tiene.

—Recuérdame que el lunes me ha invitado a cenar con él.

—Tomo nota. ¿Le envuelvo para, ese día una camisita de fuerza?

* * *

Sandy Duffer, cruzado de brazos, contemplaba la concurrencia escasa que al atardecer transitaba por la playa. Su rostro apolíneo ostentaba en el *mallot* una franja anaranjada donde se destacaba en

letras blancas la palabra «Lifeguard».

Detalló a los conocidos... Andrew Mirsa, el pianista húngaro, acompañando a Dorothy, la esposa del doctor Reyln. Beryl, la actriz de la voz de oro, escuchando abstraída las divagaciones de Randolph Barkley, el autor teatral de moda.

Pero había tres desconocidos, y Sandy Duffer dio un lento paseo por la playa sin perder de vista a los que nadaban, ya que ésa era su obligación de «salvavidas» al acecho de imprudentes bañistas.

Un camarero le informó. Los tres nuevos huéspedes, eran un tal Roy Cadger, de Nueva York, y Lord King con su secretaria, también procedentes de Nueva York.

—Otro par de desquiciados —replicó Duffer.

—De ellos vivimos tú y yo —comentó el camarero filosóficamente—. Gracias a la vecindad de la clínica del doctor Reyln, el «Montdor» no cierra sus salones en invierno.

Sandy Duffer dedicóse a observar a la secretaria del llamado Lord King. Manejaba con vigor, aunque inexpertamente, el acuaplano remolcado por la canoa-automóvil que conducía Lord King.

Cerca de la playa, Roy Cadger, flotando en posición horizontal y mirando el cielo, parecía una boya.

Una de las olas levantadas por el acuaplano hizo perder la horizontalidad a Roy Cadger, que dedicó una mirada poco afectuosa a la chillona rubia que parecía disfrutar enormemente, tensos los brazos en el esfuerzo de mantener el equilibrio sobre la plancha de madera que resbalaba velozmente sobre el agua.

En uno de los virajes el acuaplano ladeóse y la rubia soltó sus manos de la cuerda que remolcaba la plancha. Cayó al agua en postura poco airosa, y Sandy Duffer sintió la necesidad de darse un remojón.

Nadó vigorosamente hasta, flotar junto a la cabecita rubia. La canoa seguía un rumbo opuesto, rectamente hacia alta mar.

—Si está cansada, señora, apóyese en mí —dijo condescendiente el *lifeguard*.

—Ya recordaré su ofrecimiento en mi vejez —resopló «Baby», altivamente—. Y de señora nada tengo, porque la soltería es mi reino.

Sandy Duffer acompasó su *crawl* atlético al nervioso y puro

estilo de la secretaria. Al ponerse, en pie en la arena, «Baby» sacudiólo como un perrito mojado.

—Cuando se aburra, señorita, le ruego que se acuerde de mí —dijo el «salvavidas», con aire fatuo.

Tenía por costumbre ser admirado y solicitado por las bellas clientas del «Montdor» y una secretaria monísima, pero, al fin y al cabo, una empleada como ella estaría orgullosísima de ser distinguida por el «Apolo» de la playa.

—Me acuerdo siempre de usted, buen mozo, porque viéndole me da usted toneladas de aburrimiento.

—¿Por qué? —inquirió, extrañado, Duffer.

—Porque a mí sólo me divierten los hombres inteligentes.

Habíase ya marchado ella, cuando Sandy Duffer localizó cerebralmente, tras un, esfuerzo, lo que la rubia había querido indicarle.

Lord King, en albornoz, efectuaba su merienda. Y, poco después, «Baby» vino a sentarse, frente a él.

—Te vi en animada charla con el atleta playero, muñeca. Desconfía de estos muchachos: están mal acostumbrados y son los que podríamos llamar castigadores profesionales.

—A mí el castigo me lo da usted... porque es usted mi patrón y tiene derecho a ello. Los demás, ¡ni fu ni fa! Oiga, patrón: es guapa con ganas la del cabello caoba que parece una estatua andante.

—Es la bella sin alma, Beryl Ames, la actriz de la voz de oro. Tiene también oro por corazón y platino por sangre. Ha arruinado a muchos *dandys*, pero hay algo que no le perdono. Le dijo fríamente a John Merry, cuando éste, desesperado ante su frialdad, le habló de suicidarse, que si dejaba una carta especificando que se saltaba la tapa de los sesos por amor a ella, le agradecería esta propaganda. Y... John Merry se suicidó.

—¡Qué imbécil! Yo la habría suicidado a ella antes.

—John Merry era un brillante oficial de la Armada; y había estudiado conmigo. Mi mejor amigo.

«Baby» miró de reojo a su patrón, y después miró de soslayo las joyas que lucía Beryl Ames. Sonrió divertida.

—Mujeres así merecerían una lección —sentenció convencida.

—Quizás. ¿Una lección de arte?... Hablando de otra cosa. Esta noche te llevaré en el «Auburn» hacia el romántico paisaje lunar

que ofrece la cumbre, del monte y sus pinares.

—¡Oh, qué bien! ¿Me recitará poesías bonitas?

—Allí me aguardarás... y luego, cuando vuelva yo al volante, recordarás que siempre estuve a tu lado.

—Cruel decepción. ¡Yo que creí que me iba usted enseñar la influencia de la luna en los corazoncitos!

* * *

Beryl Ames merecía justamente su título de la «Actriz Más Bella». Y el exceso de elogios era lo que había contribuido a aumentar la insensibilidad de su alma.

Encendió la pantalla junto a su lecho y se dispuso a hojear el guión de los tres actos que Randolph Barkley había escrito pensando en ella como protagonista.

Repetía en alta voz los párrafos que la gustaban:

—«... porqué lo difícil no es lograr una mujer; lo difícil es desembarazarse de ella...».

—«... ¡Qué bonita es la cumbre!... !Cómo hace olvidar los senderos amargos y tenebrosos que a ella conducen!...».

—«... los que como tú son mezquinos decepcionados y rutinarios aburridos, ostentan amargos rictus pero los de pasado más tormentoso y obscuro son los que, como yo, tienen la sonrisa más clara y amable...».

—Supongamos, pues, que el señor Barkley es el de la sonrisa clara y amable. Generalmente un autor tiene escapes y se retrata. ¡No grite!

Beryl Ames dejó caer sobre la colcha el guión mecanografiado. Miró al enmascarado, de *frac*, que con la bufanda de blanca seda arrollada bajo la nariz, ofrecía un rostro impenetrable.

—Una primera dama joven de nuestro teatro debe resistir con impavidez la entrada en el escenario de un ladrón, sobre todo si cortésmente viste *frac* —dijo el enmascarado.

—No me impresiona usted lo más mínimo, señor desconocido. Comprenda que al menos su presentación al no estar anunciada en mi guión, tuvo que producirme un sobresalto. Pero ya pasó. ¿Qué quiere usted?

—Convierte, cuánto la rodea en escenario, Beryl. No es sincera

nunca. Adopta aire de marquesa recibiendo a su lacayo. Intentaré convencerla de que esto no es un escenario. Y pienso herir su sensibilidad si es que la tiene.

—¿Mis joyas? —dijo ella sonriendo—. Son mi única sensibilidad... y quizás cierta predilección por los individuos misteriosos.

—«La Actriz Más Bella y de Intelecto Más Espiritual» es como leí un día que la apodaban, Beryl. Demuéstremelo, evitándome que tenga que recurrir a brutalidades, mientras...

Ella tendió el blanco brazo de línea encantadora y cogió un salto de cama. Observada atentamente por Lord King, lo revistió, y saltó del lecho. Se acercó a un pequeño cofre cuadrado, que abrió con una llavecita que extrajo de un bolso.

Sencillamente, sin el menor nerviosismo, con una voz cuya dulzura sonaba como una exótica y deliciosa música, preguntó:

—¿Tiene alguna preferencia especial? ¿Diamantes, perlas?

—Dicen que usted no se separa nunca de... aquello.

Y Lord King señaló un vaso prodigioso, en cuya labor de filigrana había puesto Benvenuto Cellini todo su talento.

El vaso estaba cincelado al aire. Era una de las pocas obras que hizo el maestro, levantando, al buril, unas escamas de oro, para hacer de ellas unas flores exóticas prendidas como en fantástica lluvia, en los cuerpos de varias mujeres. En los ojos de aquellas figuras cinceladas rutilaban pequeñas esmeraldas.

Beryl Ames levantó los hombros, contrariada.

—Sólo tiene valor para un anticuario. No para un ladrón.

—Un anticuario me aseguró, que me daría cincuenta mil dolares por este vaso.

—Un collar de perlas y este brazalete de diamantes le valdrán el doble.

—Admiro su sangre fría, Beryl. Regatea usted como en un mercado. Quiero el vaso y me lo llevaré.

La mirada prodigiosa de belleza y de serenidad de Beryl Ames, posóse en Lord King.

—Es extraño, señor ladrón. Hay en sus palabras cierto afán contenido, como si me odiase. Si está tan enterado de mi vida pública, sabrá que a este vaso le concedo un valor de amuleto. Es mi mascota.

—Es la mía también. Démelo.

Ella tendió el vaso, que Lord King recogió con su zurda enguantada.

—Es usted insensible. No respeta el capricho de una mujer, que de buen grado le ha ayudado a usted a desvalijarme.

—Las insensibles no pueden reprochar un trato que ellas tienen por cruel costumbre conceder a quien por ellas suspira tontamente.

—¿Tontamente? ¿Por qué?

—Olvide sus guiones teatrales, Beryl. Dese cuenta que me marchó contento porque pese a su aparente frialdad, usted sufre la pérdida de su mascota con tanta intensidad como una mujer corriente sufre su primer desengaño de amor.

Es usted, extraño. Casi parece que goza mortificándome. Poco galante, señor ladrón. ¿Qué joyas piensa llevarse? Seguramente las fácilmente desmontables, ¿no es así?

—Ninguna. Algún pobre tonto se arruinaría para reponer lo que yo me llevase. Vista un abrigo, y acompáñeme.

—¡Delicioso! ¿Piensa raptarme?

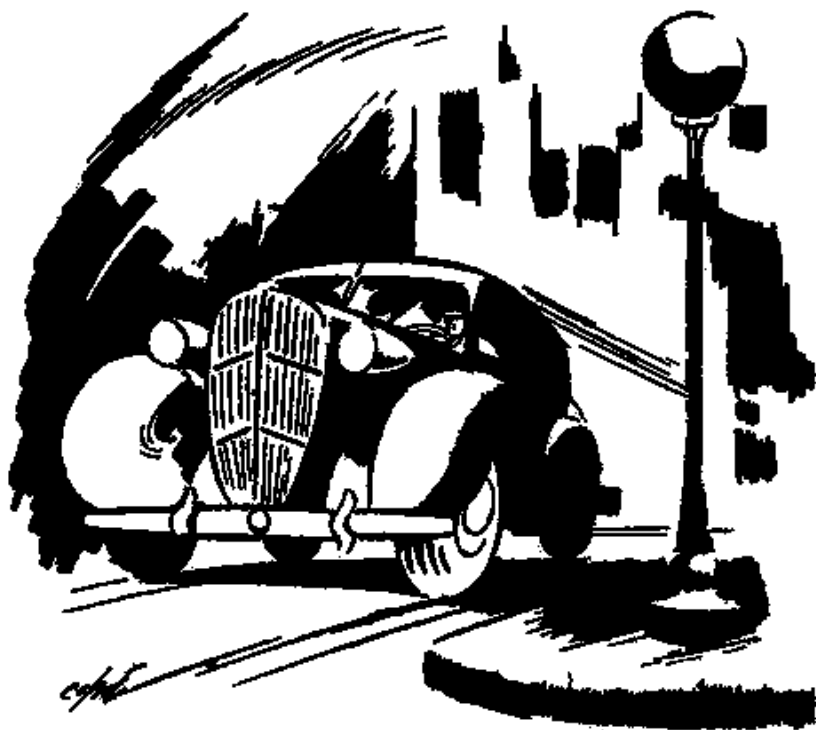
Beryl Ames revistió un abrigo. Lord King le señaló el balcón.

—Precédame por la terraza. Quiero evitar que llame. Yo la seguiré, y me despediré de usted fuera ya del hotel.

Beryl Ames atravesó la terraza sin volverse: entró en el jardín y cuando llevaba andando cinco minutos se detuvo.

—Indíqueme hacia donde debó...

Volvióse. Estaba sola.



Lord King pisó el acelerador...

Cuando regresó a sus habitaciones, volvió a deslizarse entre, las sábanas. Estaba tan harta de propagandas, que no denunciaría el robo más que a su detective privado.

Recogió el guión abierto y leyó sorprendida la palabra que en letras grandes escritas con su propio lápiz de labio escarlata, atravesaba de arriba a abajo la página mecanografiada: «AUDAX».

* * *

«Baby» descansaba su cabeza encima de los brazos cruzados y apoyados en el volante. Por sus anteriores experiencias en esperas de esta clase, imaginábase que de un momento a otro el «Montdor», silencioso y discretamente iluminado allá cerca de la playa, íbase a convertir en sinfonía de ametralladoras o crepitar de bombas.

Pero el silencio prosiguió hasta que Lord King vino a tocarla en un hombro. Ella se apartó y cedió el volante al recién llegado.

—Magnífica noche —comentó alborozada «*Baby*»—. Hemos disfrutado mucho con la serenidad lunar del paisaje bañado en plata. Me ha salido bien la frase porque la tenía aprendida.

—¿Serenidad lunar de un paisaje bañado en plata? Extraño: si yo fuese repórter quizás compraría a este paisaje que citas, la tranquila aceptación fatalista de los hechos que posee una dama a la cual acabo de visitar.

—¿No hemos estado toda la noche juntos, patrón?

—Sí. Cierto. Pero tú eres una dama sin serenidad lunar. Hay en ti demasiada vitalidad de primavera. —Lord King pisó el acelerador—. Un paseo por varias «boites de nuit», complementará perfectamente la inocencia de nuestra noche.

CAPÍTULO III

La cena del lunes

El «Prosper Club» era un centro de reunión distinguidísimo. Las coristas que en el tablado se exhibían, consentían, terminado el espectáculo en ser invitadas.

Pero había dos cláusulas tácitas en el reglamento del *club*: las coristas debían comportarse como perfectas damas, y sólo podían beber «Pommery» a cien dolares la botella. Y sólo podían sentarse a la mesa de caballeros rondando la edad en que el hombre no se resigna a envejecer, y para la dirección del «Prosper» los años eran precisamente los que contaban...

Entraron Lord King y «*Baby*» a la hora amable en que las cocteleras se agitan cerca de la barra con cierta casina hartura.

—Son iguales los vestidos de escotados, iguales los ademanes, y por lo visto iguales los paladares —opinó «*Baby*» mientras interiormente estremecida de contento, bailaba con Lord King un lento *fox*—. ¿Dónde están las señoras señoras y las que no son señoras? Champán por las mesas, risitas suaves, caballeros elegantísimos... Un lío.

—Los *clubs* de noche sólo se distinguen en una especialidad: la mayor o menor manga ancha para aceptar nuevos socios. El «Prosper» admite pocos, porque desea que sus cuentas corrientes superen los cien mil.

Volvieron a sentarse. «*Baby*» examinó la mesa vecina donde tres coristas escuchaban amablemente a un caballero de unos cincuenta años.

De pronto, tras la mesa ocupada por las tres coristas y el galán

maduro, se detuvo una señora que dijo con una serena entonación en la voz:

—Ya estamos todos, Arthur.

Al oír la frase, el cincuentón volvióse rápidamente.

—Pero... ¿qué haces aquí tú? Hazme el favor de volver a casa inmediatamente. No seas ridícula ni siglo diecinueve.

—Invítame a mí también, Arthur. Como esposa tuya creo que tengo también derecho.

—Te invito a que te marches enseguida, ¿me oyes? —murmuró acalorado el cincuentón.

Las que se retiraron discretamente fueron las tres coristas, que aunque disimuladamente, estaban intimidadas por la presencia de la señora que no quería disimular su rango moral.

—No se retiren, jóvenes —rogó sonriente la señora—. Si yo quiero aprender el secreto. Ustedes comprenderán que no es justo que mi marido sea más galante, y más obsequioso con ustedes que conmigo y les preste más atención que a su propia esposa.

—¡Louise! ¿Tendré a la fuerza que dar una escena y arrastrarte por el brazo hasta la calle? ¿Cómo a una obrera sin distinción que...?

—Hola, hola —saludó Lord King—. ¡Pero si es Arthur! ¿Cómo está usted, señora?

Y Lord King besó galantemente la mano de la esposa. Arthur Sayers miró con nueva irritación al intruso.

—Perdone. No le recuerdo...

—Coincidimos en la cena de fin de año de los antiguos alumnos de Princeton. Su señora estaba también presente.

—Éramos tantos —se excusó ella—. Nos sorprende usted en una noche de diversión. Arthur es amabilísimo conmigo. No puede ir solo a su *club*. ¿Verdad, Arthur?

Arthur Sayers simuló una sonrisa, de consentimiento. Sus párpados aleteaban nerviosamente...

—Nos perdonará, señor —dijo Arthur Sayers levantándose—. Mi esposa no suele trasnochar y...

—¡No, no, querido! —protestó ella—. ¿Oyes que *vals* más bonito?

—No tengo... —interrumpióse él—. Estoy cansado, Louise.

—Entonces, si me lo permite... —y Lord King levantándose

inclinóse ante la esposa.

Mientras bailaban, dijo ella con sencillez:

—Gracias. Comprendo que usted fingió conocernos para evitar una escena desagradable.

—Realmente les vi a ustedes en la cena de fin de año. Permítame presentarme: Lord King. Y permítame felicitarla: su comportamiento ha sido de una elegancia infinita.

—Me preocupa Arthur. Gasta más de lo que gana, y está sobreexcitado. Le he recomendado varias veces que vaya a visitar al doctor Reylan, que es su amigo y en el cual tiene confianza.

—Un fin de semana en el «Montdor», señora, y con cualquier pretexto visitan, al doctor Reylan. Francamente deseo con toda sinceridad que Arthur sepa apreciar el tesoro que en usted tiene.

Pero Arthur Sayers no tenía la benevolencia de Lord King. Cuando salió del *club* su comentario fue breve.

—Esté idiota me es profundamente antipático.

—¿Por qué idiota? Es distinguido y servicial.

—Demasiado. ¿Por qué me seguiste, Louise? Es ridí...

La discusión conyugal continuó en el coche.

* * *

«Baby» emitió su particular opinión sobre el reciente incidente.

—Ellos habían de saber que usted, como yo, patrón, había oído el principio del drama. Y él sonrió. Demasiada «alta sociedad». En mi barrio la esposa, hubiese venido aquí con una escoba y...

—Los socios del «Prosper» no pertenecen a tu barrio, muñeca.

* * *

Louise Sayers tenía treinta años pletóricos de encanto y no intentaba penetrar los confusos motivos por los que seguía queriendo a su esposo, pese al comportamiento de Arthur Sayers.

El lunes por la mañana entró en el despacho de su esposo. Eran las oficinas y el dominio privado de «Arthur Sayers, Agente de Bolsa».

—¿También aquí me persigues, Louise? —fue el saludo

masculino.

—No, querido. Venía a comunicarte que Michael Reyland nos invita esta noche a cenar. Yo pensaba ir al «Montdor» y aguardarte allí.

—Hazlo. Tengo mucho trabajo, y hasta la noche no quedaré libre.

Louise Sayers no tenía por qué explicar que había solicitado del doctor Reyland una entrevista particular, y el médico había sugerido que acudieran ambos a la cena en que reunía a otros invitados.

Michael Reyland miraba fijamente el calendario. Al día siguiente debía verificar la entrega de cien mil dólares...

Pero su preocupación no se exteriorizó al recibir la visita de Louise Sayers. Era el médico de moda recibiendo a una posible cliente.

—Me congratulo de tenerles a los dos esta noche. Hace tiempo que no he visto a su marido, Louise.

—Trabaja demasiado... y malvive, doctor. Es puramente en plan confidencial que vengo a visitarle. Me temo que Arthur esté un poco desquiciado.

—La sílaba «des» envenena nuestra generación y nuestra época, Louise. ¿Desilusión, desengaño, desesperanza, desgana, desquiciamiento? Ésos son los motivos que invocan todos aquellos que no se sienten aplomados, que carecen de placidez espiritual. Precisamente esta noche he invitado también a Sandy Duffer, un muchacho atlético, que deseo conozcan mis otros amigos. Verán que él no padece desquiciamiento alguno. ¿Qué clase de palabra empezando por «des» invoca Arthur?

Louise Sayers frunció los labios con cierto humorismo.

—Desesperación de que el día sólo contenga veinticuatro horas, y no le basten para trabajar, comer, dormir, atenderme... y atender a otras.

—Ya. Crimen imperdonable, Louise. Posiblemente si Arthur sufre cierta neurastenia que le impide verla a usted tal como es, acháquelo a falta de organización en su método de vida, falta de ejercicio sano, exceso de confianza en sí mismo, que le impulsa a querer abarcar más trabajo del que puede sobrellevar. Por la amistad que me une a Arthur, abandonaré mi habitual procedimiento psicoanalítico y seré vulgar, horrorosamente

vulgar... Horas regulares de comida y acostarse pronto. Sólo el trabajo que pueda soportar alegremente. En fin, como un médico de esos antiguos y caseros... que acertaban casi siempre.

Cuando Louise Sayers salió de su visita estaba descontenta porque no había dicho cuanto pensaba: no había citado que Arthur gastaba más de lo que ganaba... ni había intentado someterse a un análisis freudiano qué le demostrara por qué amaba a un hombre veinte años más viejo que ella y descortés muchas veces.

Entraba en el sendero que descendía hacia el «Montdor» cuando sonrió con sincera sorpresa agradable.

Aquel caballero, nítida plasmación del *dandy* deportivo, le inspiraba irrazonablemente una simpática confianza.

—Buenos días, señor Lord King. ¿Habita usted los alrededores? No me diga que está hospedado en la clínica de la que acabo de salir.

—Buenos días, Louise. Excúseme la familiaridad, pero ignoro qué otro nombre posee usted. Me hospedo en el «Montdor». Unos días de reposo y estudio tranquilo.

—¿Médico, abogado...?

—Simplemente, un *diletante* del arte. Me, hacen el honor de considerarme un técnico en cuestiones de arte.

Ella siguió andando acompañada por Lord King.

—Mi marido le guarda cierto rencorcillo, por lo de la noche del sábado, Lord.

—Mientras usted no me lo guarde, sufriré resignadamente las iras de Arthur. Espero y deseo que su visita a la clínica sea puramente amistosa. Usted no tiene ni el aspecto ni los colores de una sobrecargada por algún pensamiento obsesivo.

—No uso polvos ni colorete, pero se equivoca, Lord. Tengo, como dice usted, un pensamiento obsesivo. Lograr de nuevo el total cariño de mi esposo. Será ridículo eso que le digo, pero es así. Y, sin poderse lo razonar, siento en usted una inexplicable confianza.

—Qué procuraré no defraudar. ¿Me permite ciertas banalidades? Si me es usted simpatiquísima, es por su actitud aquella noche. Pero había un fallo: usted siguió a su esposo. Usted demuestra que le quiere. Él está seguro de usted. Vuelva las tornas. Intente que sea él quien esté intranquilo... Flirtee.

—No puedo, ni sé. Flirtear conduce al hombre que se elija a

suponer lo que no es... —miró ella de pronto al guapo *Diletante*—. ¿Es usted casado, Lord? La damita rubia que le acompañaba...

—Mi secretaria. Soy soltero.

—Es curioso. Le conozco de muy reciente, y tengo confianza en usted. ¿Podría hacer un sacrificio? Intento que Arthur pase varios días reposando aquí. Mientras... ¿podría contar con su ayuda? ¿Llevamos a la práctica su teoría? Si Arthur me ve aparentemente interesada en usted..., quizá se fije de pronto en que yo puedo aún..., en fin, creará que sigo siendo una mujer bonita..., de la que él se enamoró.

—Haré todo lo posible para que su felicidad conyugal sea completa. Pero... ¿Arthur es impulsivo o lleva pistola?

Rieron ambos, mientras, seguían descendiendo hacia el hotel.

Michael Reylan no reía, cuando en el auricular una voz le dijo desde lejos:

—Recuerde, doctor. Su envío, mañana, a Lista de Correos, Estación de Conneticut End, 67, Nueva York. Recuerde, doctor.

* * *

Dorothy Reylan dirigió a su alrededor una ojeada de discreta y renovada inspección. Comprendía la presencia de Lord King, Andrew Mirsa, Randolph Barkley y Arthur Sayers con su esposa, asimismo como la de Beryl Ames. Pertenecían a la clase de gente que «se puede recibir».

Pero la rubia secretaria y el apolíneo nadador sobraban, así como el propio Richard Blunt, cuyo cargo de secretario de su marido no era motivo para exagerar la confianza. Aunque casi eran admisibles comparados con el silencioso y solitario individuo rechoncho, que en un rincón de la sala semejava la imagen carnosa de la vaciedad cerebral. No había pronunciado una sola palabra en todo el transcurso de la cena. Tan sólo cabeceaba a las frases que le dirigían, dedicándose exclusivamente a engullir concienzudamente. Roy... Roy Cadger, sí, éste era el nombre que su marido había dicho, al efectuar la presentación.

Michael Reylan encargóse de dilucidar la intrigada reserva de su esposa ante aquella promiscuidad en sus invitaciones de aquella cena del lunes.

De pie ante los reunidos, extendió las manos, ágiles y blancas, como el orador que reclama atención.

—Invoco, ante todo, un perdón general si les he reunido no tan sólo por el placer de disfrutar de su compañía, sino también para efectuar comparaciones, y necesitaba distintas y bien diferenciadas personalidades. Felizmente, reúno representaciones de varias profesiones y caracteres. Dicen que las comparaciones son odiosas, pero en ése caso mi finalidad es beneficiosa. Para mí se tratará de simples experimentos. Para ustedes, de un juego de sobremesa. Durante la cena, todos hemos obrado socialmente y banalmente. Permítanme que ahora, en desquite, a cada uno le haga una pregunta, a la cual deberá contestar con una mentira o una verdad, pero sin vacilar, sin un solo segundo de pausa...

—Michael —reprochó Dorothy, gentilmente—, ¿no puedes nunca olvidar tu dichosa manía? Sepan todos, que nuestros criados consideran a mi esposo loco de remate por las extrañas preguntas que les dispara a bocajarro.

—Debe ser una experiencia entretenida —comentó Randolph Barkley—. Yo mismo me ofrezco a ser el primero, doctor. Procure únicamente no herir mi vanidad de autor. Es proverbial que somos quisquillosos.

Pequeño, nervioso y enfermizo, Randolph Barkley era considerado el más cáustico de los humoristas en obras de intriga complicada.

Michael Reylan se acercó a él, mirándole con impresionante seriedad.

—¿De qué sería usted capaz para conseguir cien mil dolares mensuales? —preguntó el médico con rapidez.

—De todo. De matar, de incendiar, de bombardear —contestó el autor teatral con idéntica rapidez—. Pero pensaría prudentemente que no vale la pena infringir la ley si no se está seguro de la impunidad. Y me gano tranquilamente el sustento, pese a algunos pateos, y la inevitable envidia de mis colegas.

—¡Magnífico!... —aplaudió Beryl Ames con el extremo de los dedos—. Has contestado con gran sinceridad. Veamos si yo soy capaz de lo mismo. Pregunte, señor doctor.

—¿Cuál ha sido su mayor pena?

—La que experimenté anteanoche. Un ladrón de guante blanco

me quitó mi mascota: un vaso de Cellini. Fue como si me odiase y que, sabedor de mi pueril esclavitud fetichista, me quitó, con la joya, la confianza en mí y en futuros éxitos que ya no estimo posibles.

Rieron algunos, pero la actriz hizo un gesto patético que, de tan sincero, resultó un prodigio de artificiosidad.

—Es cierto lo que he relatado. Ocurrió. No he mentido ni he reproducido una escena del repertorio de Barkley.

—¿Un hombre que te odiaba, Beryl? —preguntó el autor—. Entonces, puedo ser yo mismo, ya que te odio intensamente, porque eres bella e inhumana.

—Él era más alto que tú, Randolph. Dígame, doctor: con sus preguntas, ¿qué fin persigue?

—Curarles, su defecto principal. Consulta gratuita. Usted, Barkley, es rabiosamente sincero, con demasiada rabia. Usted, Beryl, es una esfinge y se perjudica. Nadie sabrá nunca si miente y representa o es verídica y siente lo que dice..., y, por eso nunca hallará el amor plácido. Y ahora veamos qué nos dice la linda señorita Joan Telma.

«*Baby*» miró inquieta a Lord King, y preguntó:

—¿Debo contestar sinceramente, patrón? ¿No escandalizaré a?... ¡Diablos! —chilló agudamente—. ¡Socorro!

—¡Dispararé, si alguien se mueve o grita! —masculló una voz recia.

En el umbral, un individuo de rostro vulgar y calmoso apuntaba a los reunidos con una pistola ametralladora.

—Advierto que dispararé al menor movimiento. Tan sólo he venido a recordarle a uno de vosotros una obligación. Mañana es el plazo de la deuda. Si la persona a quién aludo no cumple, matará a quien más quiera...

Randolph Barkley, rió con aguda carcajada.

—¡Vaya! ¡Otro de los raros experimentos del célebre doctor!

Los demás acogieron la sugerencia ansiosamente. La tensión de nervios disminuyó...

El individuo del umbral fue retrocediendo y desapareció. Los simultáneos comentarios dispares de todos se acallaron al ver que el doctor Reyman, ostentando una palidez cadavérica, se acercaba tambaleándose a una mesita licorera y apuraba una copa de *coñac*

que sostenía con mano temblorosa.

—Excúsenme. Les ruego que me perdonen. Regreso enseguida...

—¡Michael! —gritó su esposa con impaciencia—. ¿Por qué te comportas así? Exageras la nota... excéntrica.

—Ese pistolero no era una diversión experimental —dijo Reyland en voz baja—. No he pretendido, como creen, estudiar sus reacciones ante un peligro posible... Ese hombre me es desconocido..., aunque hace tiempo lo vi una sola vez...

Los hombres se pusieron en pie, menos Lord King y Roy Cadger. Las mujeres miraban perplejas al doctor Reyland...

—Perdónenme —repitió el médico—. Volveré a, reanudar, nuestro... juego de sobremesa... Dorothy, procura convencer a nuestros invitados de que no estoy loco...

Se disponía el médico a salir, cuando Roy Cadger, el «cero a la izquierda de la reunión», pronunció por vez primera en toda la noche unas palabras, en tono banal, aunque con fruición golosa:

—Somos doce en total. Tengo que acusar a uno de los doce de intento de asesinato.

CAPÍTULO IV

Un detective excesivamente original

—¡Silencio! ¡Ruego silencio! —murmuró Roy Cadger cansinamente desde las profundidades del butacón donde se sentaba casi acostado —. No se comporten como verduleras alborotadas y muchachuelos díscolos. Déjenme explicarme. —¿Sigue la broma, doctor? ¿Es ese caballero otro comparsa más?— inquirió Beryl.

—No hay tal broma, Beryl. Así como el, pistolero no formaba parte de mi juego, tampoco el señor bromea. Es Cadger, el detective privado..., pero que posee autoridad legal concedida extraordinariamente por el Departamento de Investigación del Estado.

«*Baby*» aplicóse una mano en la boca para acallar las sinceras protestas que iba a formular... La «alta sociedad» abusaba de las emociones insospechadas.

Beryl Ames tomó la voz cantante y su bello diapasón resumió la opinión general al decir:

—Nunca en mi vida me he sentido tan desconcertada. Pero veamos, señor Cadger; si usted es un policía, ¿por qué se quedó quieto si el pistolero era un pistolero? Me resisto a creer que sea verdad, porque pronunció palabras incomprensibles. ¿Por qué le dejó huir? ¿Por qué se atreve usted a formular, también incomprensiblemente, una acusación contra nosotros?...

—En todos los presentes leo una cierta indignación muda y cortés paliada por un gran desconcierto. Me explicaré por partes. Primero, dígame, señorita Ames: ¿es cierto que anteanoche la robaron?

—¡Sí! ¿Qué tiene que ver aquello con...?

—¿Por qué no opuso resistencia? ¿Por qué, se dejó robar?

—Porque si en el teatro los ladrones no disparan, en la vida real sí.

—Pues por la misma razón yo me quedé quieto. Podría invocar la presencia de señoras y el temor de que las hirieran, pero...

—... pensó usted en su propia seguridad nada más —aclaró Randolph Barkley—. Igual que hicimos todos los demás. Gracias, doctor; su invitación me está haciendo pasar una velada encantadora. Imprevisto sobre imprevisto. Un pistolero que si al principio, gracias al efecto teatral del grito de la señorita Joan Telma, nos produjo pánico, luego no nos lo impuso... y era un pistolero. Un señor que tenía el aspecto de un pacífico... rentista y resulta ser el célebre Roy Cadger.

—¿Me conocía?

—De oídas. Prosiga, señor Cadger. Todos estamos pendientes de sus mórbidos labios.

—La señorita Ames me reprochó no haber actuado como un detective corriente, que suele ser dinámico y poseer una pistola inagotable y desalmar a legiones de pistoleros. Yo, no. Yo empleo el cerebro únicamente, porque mi cerebro es de primerísima clase. He oído risas nerviosas. No me ofenden. Demostraré que no es baladronada lo que digo. Repito: en uno de ustedes hay un asesino en ciernes.

—¡No soporto más incongruencias! —gritó Arthur Sayers, poniéndose en pie—. Vámonos, Louise. Fuera, al aire libre, sentiré la sensación de que acabamos de salir de un manicomio.

—Usted es amigo íntimo del doctor, ¿no? —inquirió suavemente Roy Cadger, retrepándose aún más en su butacón—. Si se va, pone en peligro la vida del doctor y la de su esposa. Siéntese y no me pregunte si soy Roy Cadger o un cliente del doctor en trance agudo.

—Por favor, Arthur —intervino Michael Reyland, suplicante—. Comprendo que por ahora todos estéis desconcertados y sintáis la más profunda incredulidad. Os doy mi palabra que cuanto dice el señor Cadger es artículo de fe.

—Exacto. Artículo de fe —repitió Cadger, como si paladeara, un bombón entre sus labios gordezuelos—. Tengo que demostrarles que poseo un cerebro excepcional, ¿no? Vayan comprobándolo;

Otro detective callaría los hechos y les sometería a discreta vigilancia. Pero yo soy Cadger, un analista, un disector intuitivo. ¿Más risas? Continuemos, señoras y caballeros. Continuamos sentados cómodamente como una reunión distinguida. Si hay sangre que sea azul, y si los balazos perforan, al menos lo harán con silenciador. Es un deseo elegante de que el crimen que se fragua tenga lugar sin la menor estridencia de mal gusto. Uno a uno me contestarán que no quieren matar a la señora Reyland ni obligar al doctor a suicidarse, ¿verdad que no? Entonces, en vista de la respuesta general afirmativa que intuyo, les pido a todos ustedes que no salgan de esta casa... hasta el momento en que yo coloque las esposas de acero alrededor de las muñecas de uno de nosotros doce.

—Al menos, a las señoras las debería usted eliminar de sus macabras chanzas —advirtió Arthur Sayers, ceñudo.

—Yo no me elimino. Cuente. Doce conmigo. Dejémonos de falsos prejuicios convencionales y desplazadas galanterías. Cuando el pistolero nos tuvo como a conejos deslumbrados bajo el foco de su encañonamiento, entonces era ocasión de lucir prácticamente nuestros respectivos conceptos de la galantería. ¿Que soy grosero y ofensivo? Todavía no he empezado a actuar —aseguró Roy Cadger, sin que su aspecto de bondadoso y rollizo tendero variase en lo más mínimo.

—¡Le soportamos por amistad, Michael! —clamó Arthur Sayers, indignado.

—No pluralice con tanta seguridad —rebatía Cadger, inalterable—. Uno de ustedes, al menos uno o una, conoce los hechos. Para los demás, para los que nada tienen que ver con lo que voy a exponer, desde este mismo instante pido cierta benevolencia y desapasionamiento. Concretando: el doctor Reyland es objeto de un rarísimo chantaje. Ha pagado varias veces cien mil dólares, en plazos mensuales...

—¡Mutis al actor detective! —estalló Randolph Barkley, mirando con asombro al doctor, sentado junto a su esposa, y que mantenía oculto el rostro entre las manos—. ¿Cien mil dólares? ¿Chantaje? Pero ¡oiga, doctor!, con su pregunta ¿pretendió acusarme a mí de...?

—Vuelvo yo a tomar la palabra, señor Barkley —atajó Cadger—.

Hemos conseguido ya lo que usted en «argot» teatral llama *clímax*. Están empezando a ambientarse. Ya no piensan en un juego moderno muy plausible de suponer al principio, dada la afición que hoy se tiene por los pasatiempos morbosos. Todo el mundo ha leído *Rebeca*, y todo el mundo hace cola para ver a *Jack el Destripador*. De pura lógica era suponer que un temperamento original como el doctor Reylnan, al que por añadidura, debido al manido film, se le sospecha de loco por curar a locos, hubiese inventado un entretenimiento superoriginal, empezado al invitar a personas no habitualmente inevitables, tales como su propio secretario señor Blunt, el señor Duffer y la señorita Joan Telma. Cito todas estas divagaciones porque yo también, a mi modo, soy un psicoanalista, sólo que no buceo en los sueños. Buceo tras la frente de los que miro. No corro tras los criminales pistola en mano: me lo impiden mi gordura y mi cobardía y el hecho muy definitivo de que nunca llevo pistola. Bien: voy al grano. El chantaje a que está sometido el doctor Reylnan tiene una peculiaridad asombrosa. Si no paga..., no es él quien morirá asesinado. Se verá obligado, coaccionado, a matar a su propia esposa.

Dorothy Reylnan lanzó un ronco chillido, y su esposo la abrazó convulsivamente.

Roy Cadger prodigó una ojeada circular y lenta a los que, inmóviles, seguían siendo imágenes vivas del más hondo estupor.

—Todo absurdo, ¿verdad, distinguido auditorio? En el siglo XIX la palabra «absurdo» tenía un significado. Hoy, no. El absurdo es lo cotidiano; lo normal, es lo absurdo. ¿Le ha gustado esta paradoja vital, señor Mirsa?

El pianista húngaro, alto, flaco, abrió y cerró los párpados. Sus ojos eran anchos, desvaídos, casi incoloros. Enrojeció ostensiblemente.

—No estoy... aún muy acostumbrado al carácter franco y abierto de los norteamericanos. Soy... lo que ustedes llaman un decadentista europeo.

—Usted es Andrew Mirsa, treinta y dos años, prodigio del piano, nacido en Bortza, bohemio derrochador, residente en Nueva York desde hace tres años. Además de manirroto, es inveterado cocainómano, y ahora está agobiado por la indemnización que tendrá que pagarle a la señorita Ames por incumplimiento de

promesa matrimonial.

Si Roy Cadger, que mantenía sus regordetas manos cruzadas, sobre el abdomen en actitud monacal, hubiese dado de pronto un doble salto mortal, habría logrado sorprender tanto a su ya excesivamente sorprendido auditorio.

Las miradas de los no afectados por la breve biografía de Cadger pugnaban por no fijarse hipnóticamente en el pianista o en la actriz.

Fue Beryl la que primero reaccionó con mohín de gran señora.

—Casi me asusta. Cadger. ¿Tiene en su poder el secreto de la adivinación hindú?

—El señor Barkley les dirá que los golpes de teatro los prepara él, simplemente con una cuartilla y una pluma. Yo tengo en mi bolsillo una «disección» breve y jugosa de las personas que son «alguien» en Nueva York. Mi cerebro actúa ayudado por una serie de colaboradores a sueldo que son capaces de obtener la biografía del soldado desconocido. Cuando visité por vez primera el «Montdor», requerido por el señor Reylan, hice lo que es en mí habitual al llegar a cualquier sitio donde he sido llamado. Conferencia con mi sección de información. Soy exageradamente meticuloso. Varios colaboradores se personaron aquí, y ahora tengo en mi poder hasta la biografía del pinche de cocina del «Montdor»..., que, por cierto, parece ser que escupe vengativamente en los platos. Si soy conocido en las revistas de ajedrez por jugar contra diez tableros a ciegas simultáneamente, puedo, pues, recordar sin esfuerzo letra por letra los informes obtenidos. Número uno: Andrew Mirsa no puede cumplir su promesa de matrimonio —no por falta de deseos— con la señorita Ames, porque, si a efectos de propaganda es conceptuado soltero, en Bortza tiene esposa y dos hijos. Y usted, Beryl Ames, conocía este detalle. Es su método: comprometer a los que no pueden comprometerla. Por eso condujo al señor pianista a escribirle cartas amorosas poéticas, que, técnicamente, en Norteamérica, son explotables al amparo de la ley, para conseguirse pingües beneficios, aparte de las tablas, con ese negocio suplementario...

Randolph Barkley levantóse con los puños crispados. Una figurilla rechinante...

—¡Indecente e indecoroso sujeto! —masculló—. ¡Por más Roy Cadger que sea usted, le voy a...!

Modérese, Barkley. Hay señoras delante —dijo con ingenua desfachatez el detective—. ¿Me acusa de que agite al aire trapitos sucios?... No adopte el empaque de un caballero de capa y espada. Los ecos de los *valses* suenan sólo en las ferias de pueblos; se apagaron en la ciudad. ¿Golpeo alfombrillas y levanto polvo? Es necesario para hacer la limpieza.

—¡No lo es! —protestó Barkley, tembloroso—. ¿Qué, tiene que ver la vida privada de una dama con el chantaje, el pistolero y todo ese embrollo qué el infierno confunda?

—Tiene mucho que ver, Barkley... Siéntese confortablemente. Pegarme a mí no resolvería el problema que me interesa. Hablo mucho, pero siempre con motivos y fundamentos. Hay una amenaza hecha contra la señora Reylan. ¿Creen que afirmo que uno de ustedes es un asesino en ciernes porque poseo alguna prueba? No, no. Carezco totalmente de pruebas. Yo no soy un policía vulgar. Yo soy un artista de la investigación; un talento de la intuición penetrante. Nunca fallo. Demostración de la pobreza de sus cerebros reunidos en contra del mío, solitario y dominante: ¿no han logrado adivinar que ese pistolero ha cometido una acción voluntariamente infantil? A rostro descubierto nos ha saludado. ¿Por qué? Porque él no tiene el papel principal en la amenaza contra la esposa del doctor. ¿Saben para qué hizo su aparición ese pistolero?. ¿A amenazar al doctor recordándole que mañana debe pagar? No. Se presentó para que todos ustedes, y yo el primero, porque soy el que más cara de tonto tengo, quedáramos automáticamente libres de toda sospecha... y por eso mismo son ustedes tan altamente sospechosos. La lógica deducción de un detective corriente sería: ¿un pistolero acude a recordarle al doctor el pago? Ninguno de los presentes es, pues, el chantajista. Pobreza de intuición. Conmigo no valen esas triquiñuelas. Al contrario: pierden a quien las emplea, porque yo soy Roy Cadger.

—Es usted el tipo más odioso y ridículo que jamás he tenido ante los ojos —rezongó Barkley, duramente.

—¿Se afeita sin espejo? —replicó, inmutable, el detective—. Continuemos. Hay algo de teatral en todo ese asunto que ha motivado mi presencia por esos parajes. Teatral el modo de organizar el chantaje. Teatral el uso de un comparsa: el comparsa pistolero. Quien escribe tramas intrincadas, puede un día sucumbir

a la tentación de vivirlas o crearlas a lo vivo. Estoy tratando de indignarlo aún más, Barkley. Aunque no dejamos perder de vista la bella presencia Beryl, que es gloria de nuestro teatro también.

—Lamento tener que decirle, señor Cadger —habló por vez primera Lord King con risueño semblante—, que sus métodos descarnados, sin florituras diplomáticas, harán que la gente elegante nunca le llame para que les resuelva usted sus apuros.

—¡Oh, sí, oh, sí, señor King sin fatuidad! Me llaman porque saben que todo lo resuelvo. Y cuando la señora Reylan viva sin peligro y el doctor no vea disminuir su cuenta corriente, y recuperé su tranquilidad, todos ustedes serán mis principales propagandistas. ¿Que saco a relucir defectillos? ¡Señor!, no somos santos. Yo le robaba la confitura a mi abuela porque era coja y me gustaba más verla cojear tras mí que paladear la misma confitura. En la alta sociedad lo que yo digo con rudeza lo dicen con irónica elegancia, que es de peores consecuencias porque destila sutil veneno. Yo no soy Borgia; soy hijo del pueblo y he engordado gracias a mi talento sin más.

—Permítame rectificarle, señor Cadger. Toda persona cortés, sea del escalón que sea, es cortés siempre. Y en cuanto a veneno, no lo usa, cierto. Emplea la maza del hombre de las cavernas.

—Ahora sí, señor King. Es para abrirme paso entre la selva civilizada. Toda esta charla, que les parece ofensiva, inútil y enojosa, es la clave del misterio. Mi cerebro husmea entre las palabras y vislumbra luces, que nadie ve en las actitudes. Es mi procedimiento. En el palacio de un rey, el inteligente se hace cortesano al entrar. En la clínica de un psicoanalista, yo soy un analista intuitivo. Donde estuvieres, haz lo que vibres, dijo un sabio popular.

—Los idiotas siempre repiten las frases de los sabios —dijo Barkley, desdeñoso.

—¿De qué sabio es la frase que acaba usted de repetir, Barkley? —replicó Roy Cadger, siempre melifluo y estólido. Saludó en dirección a Beryl Ames, que reía suavemente—. Gracias por su aprobación a mi chiste malo. Es que no quiero que sea Barkley el único que tenga esta exclusividad... Voy a esgrimir la maza, señor King. Su secretaria es demasiado bonita para compañía continua de un hombre soltero. ¿Por qué va siempre con usted por todas partes?

—¡Diablos! —gritó «*Baby*», exasperada—. Aplástenle el hocico a ese... a ése... —se interrumpió cohibida, bajando la vista ante la mirada risueña de Lord King—. Millones de excusas a usted, patrón. Pero ¿por qué no nos deja en paz a usted y a mí este chismoso gordo y perverso?

—Mi supuesta perversidad se estrella contra mujercitas como usted, ya que si las hijas de Eva fueran como usted, yo no podría ganarme la calefacción, los *taxis* y la mantequilla. Señorita Joan Telma, saludo en usted al clásico ejemplar de sana e inocua inconsciencia juvenil y petulante.

—¡Oiga, chistoso! Yo no sé si es insulto o alabanza lo que acaba de rebuznar, pero lo que yo digo es... Bueno, está bien, patrón. Me callo. Pero... —y dio un taconazo en el suelo—, ¡diablos y rediablos! Múlteme si quiere, patrón. Lo que yo pregunto es: ¿estamos en una digestión de las habituales en la alta sociedad, o es una conspiración de locos con *frac* y... damas más locas aún?

—Aclare, ¿quiere? —rogó fríamente Beryl Ames.

—¡Quiero! —estalló «*Baby*»—. Si a mí ese gordo que se las da de listo me llega a insultar, yo me quito un zapato y... Bueno, patrón: ya le dije que no me trajera usted a ese jolgorio... Usted, señorita Ames, se ha oído tildar de «cazaprimerosalumbraos», y se ha quedado como un sorbete. Ni fu ni fa. Como si la hubieran regalado orquídeas. En mi barrio, cuando nos insultaban, agarrábamos..., bueno..., ¡diablos! ¡Todos me miran como si tuviera el sarampión! Y, sin embargo, desde que el doctor empezó con sus preguntitas..., eso se ha convertido en... ¡en la «repanocha»! Me callo, me callo... Pero he hablado o hubiese reventado. He hablado porque ese sapo, ese..., bien, ese señor Cadger se ha permitido ofenderle a usted y también a mí de carambola por banda, patrón.

—Deja que hable el señor Cadger —dijo suavemente Lord King—. Ha afirmado que nunca pronuncia palabras en balde. Ilústreme, señor Cadger: ¿por qué citó el hecho tan natural de que yo me haga acompañar por mi secretaria? Es taquimecanógrafa expertísima... aunque, lo disimule... ¿Debí escogerla fea y sesentona?... Amo las antigüedades muertas; pero a las naturalezas vivas, les pido vida, calor de alma buena. Su turno, señor Cadger. Empleo esa terminología porque la creo adecuada a esa charla que, según usted, ha de desenmascarar al asesino naciente.

—Usted, señor King, tiene una ficha curiosa. *Diletante*, rico, supertécnico en antigüedades, soltero, deportista, atleta que disimula su fuerza muscular bajo los trajes mejor cortados de toda Nueva York, ¿qué extraño impulso le llevó a apropiarse del vaso de Cellini que pertenecía a la señorita Ames?

Lord King rió divertido mirando a los restantes oyentes con gesto de escusa. Y dedicó una reverencia a Beryl Ames, que de pronto le asestó una ojeada de repentino interés.

—Señorita Ames, procuraré devolverte su joya para no hacer quedar en mal lugar el talento de nuestro modesto señor Cadger... Pero le suplico, señorita, que me dé las señas del ladrón. ¿Tiene teléfono?

—No haga caso, señor King —sonrió la actriz—. Nosotros somos meras marionetas de comparsería. Roy Cadger se afila las uñas con nosotros. Soportémosle por respeto a la señora Reylan. Es nuestro deber aguantar cuantas impertinencias estime oportuno otorgarnos Roy Cadger, la violeta pudorosa dotada de superaroma talentado.

—Gran verdad es su última palabra, señorita Ames. No así el resto —dijo Roy Cadger—. A usted no le importa un rebato la aflicción, de la señora Reylan. Por usted se han matado dos hombres; por usted han ido a la ruina varios...

—¡Basta! ¡Doctor!... —y Randolph Barkley se puso en pie, imitado por Arthur Sayers—: Créame que quisiera solucionar su incomprensible situación, pero todo tiene un límite. Permítame que le ofrezca a la señorita Ames mi coche y nos retiremos al «Montdor». La señorita Ames ha soportado estoicamente los peores insultos...

—¡Por favor, Barkley!... —imploró, angustiado, Reylan—. Compréndame. Si de mi propia seguridad se tratase, no consentiría la actitud de Cadger. Le di carta blanca, aunque no pensé que sus métodos fueran tan molestos. Por Dorothy, suplico a todos un poco de paciencia.

—¡Por todos los santos del Cielo, doctor! —gritó agudamente Barkley—. Creo lo del chantaje. Creo en su honorable declamación de que no está de acuerdo con los procedimientos de ese incalificable sujeto..., pero no puedo creer que un hombre de ciencia como usted, un talento de su estirpe, suponga posible verse obligado a matar a su propia esposa, de la que todos sabemos está

usted profundamente enamorado. Recapacite, doctor. ¿Cómo y de qué forma pueden obligarle a...? ¡Bah! Imposible. ¡Ni en la peor de mis obras he empleado una tesis tan insensata!

—Es que para conseguir un chantaje tan especial hace falta mucha imaginación... y mucha inteligencia señor Barkley.

El aludido no se dignó mirar al detective. Impaciente tendió las manos a la actriz.

—Vámonos, Beryl.

—Siéntate. Ten sentido práctico —dijo ella—. Toma notas. Hay para ti un futuro personaje de detective especial en esta creación que nos exhibe tan generosamente Roy Cadger. Hay para ti una excelente figura de secretaria encantadora en la señorita Joan Telma...

—Y hay un criminal entre nosotros —continuó Cadger con su exasperante tonillo melifluo—. Parece que lo hemos echado en olvido. Y, sin embargo, respira a nuestro lado, ¿saben por qué parece que nos hayamos olvidado?... ¿Saben por qué ustedes crean nuevos derroteros? Voy a emplear el lenguaje de los bajos fondos. Prolongan la escena con desviaciones y ataques de flanco, porque son ustedes «duros de pelar», son «cangrejos con muchas escamas», muy duros de pelar.

—¡Y usted es un mollera dura! —gritó «*Baby*», furibunda—. Y no aludo a su cara, porque llamar así a su requesón sería... Bien, voy al grano. ¿Acusar a mi patrón de ser un «limpiavasos»? Desembuche, pavo. Pruebas o le denunciaremos por calumnia ante testigos.

—Nadie será testigo de nadie. Siempre me ha ocurrido así. Todos ustedes, al salir de aquí... los que queden en vida... callarán. Porque hablar mal del uno equivaldría a las represalias de que el perjudicado propale también su contradefensa. Llevan todos una mordaza que yo les voy colocando. Puntualizando y volviendo a lo nuestro. Hay un proverbio latín, que es base de los grandes errores policiacos. Dice el aforismo: «¿Cui prodest?». ¿A quién beneficia? Examinemos a quién benefician los cien mil dolares. A todos, porque a todos nos encantan cien mil dolares por mes. Andrew Mirsa paga muy cara su cocaína. No se sonroje, Mirsa; toca usted el piano tan maravillosamente, que si toma «nieve» sólo a usted mismo se perjudica... si no, va a buscar, en ajenos bolsillos. Su indemnización a la señorita Ames ascenderá alrededor de los

cincuenta mil. La señorita Ames no pasea al claro de luna con quien no pueda pagar esa indemnización. ¿Cincuenta mil? ¿Y además la cocaína? Muchos conciertos, muchos conciertos... o un simple chantaje con ribetes artísticos en su concepción temática. La marcha fúnebre entremezclándose con La marcha nupcial. En el fondo, ¿nunca se han dado cuenta que ambas músicas tienen mucho parecido? Hago constar que soy soltero.



...Pero hoy no. ¡Mírela!

—Murieron las heroínas que cargaban con camaleones babosos —comentó «Baby»—. Usted morirá soltero... si es que antes no me lo tropiezo yo llevando entre manos un volante. Le perseguiré hasta acorralarle en una esquina. Ande, deténgame. Soy una asesina en ciernes.

—Hablabamos del señor Mirsa... —protestó dignamente Cadger.

—Mi Embajada entablará querrela contra usted por calumnia —dijo el húngaro, conteniéndose con visibles esfuerzos—. ¡Indigno proceder! Lamento que en América esté prohibido el duelo. Yo le...

—Soy un cobarde, Mirsa —reconoció humildemente Cadger—. Si uno de ustedes intentase pegarme, se sentiría avergonzado al verme con los brazos cruzados sobre el rostro y tratando de protegerme. Una penosa impresión es la que yo ofrecería. Tan penosa como la que me produce Sandy Duffer.

El apolíneo nadador abrió la boca para hablar precipitadamente, pero la voz tardó en acudir a su laringe.

—Fuí invitado por el doctor, pero si llego a saber que tendría que asistir a esta... esta...

—¡Jaula de grillos! —sopló, animosa, «*Baby*».

—... a esta jaula de grillos —prosiguió el atleta—, no vengo, ¡maldita sea su jeta, polizone sin entrañas!

—¡Bravo, Apolo! —aplaudió «*Baby*» vigorosamente—. Rectifico mi primera impresión, salvavidas. Ya me es simpático. ¡Atícele un par de «trompazos» al gordo! Todos diremos que no hemos visto nada. Pegue, Tarzan... Nosotros dos, al fin y al cabo, no somos de la «alta». ¡Duro y a él, que es flan!

—¡Qué empeño en mortificarme! —dijo Roy Cadger con su desarmante desfachatez—. Bien, señoras y caballeros, ha terminado ese deplorable espectáculo. Ya tengo en mi poder la clave. Señor Richard Blunt: no apele a recursos violentos. Limítese a conservar las manos en el aire. Eso que dije de que nunca llevo pistola, era mentira. A veces la llevo, aunque a veces me la olvido. Pero hoy, no. ¡Mírela!

Fue el primer gesto dramático de Roy Cadger. Exhibió una diminuta automática de cachas nacaradas, que dirigió hacia el secretario de los Reylan...

Richard Blunt, sacudido por repentino temblores y con el ceño contraído furiosamente, se puso en pie con los brazos levantados...

CAPÍTULO V

Roy Cadger, el embustero

Fue el propio doctor Reyland el que reaccionó casi inmediatamente. Desenlazando su brazo de la cintura de su esposa, exclamó:

—¡Cadger! ¿Ha perdido usted el tino?

—¡Ah! Pero ¿es que ese sujeto está en sus cabales?... —ironizó Barkley—. No se apure, Reyland. Después me acusará a mí. ¿No comprende que está jugando un *poker* repugnante? No lleva ligado ningún juego, y farolea como si estuvieran en su mano los cuatro ases. Estudia muestras reacciones, nuestras actitudes. Ya me hablaron de su método..., que algunos califican original, y que yo considero, el colmo del mal gusto criminal. Sí; el único criminal entre nosotros doce es usted, Cadger. ¡Baje los brazos, Blunt! ¡No sea idiota! ¿Le hace caso a ese...?

—... sapo, indecoroso, gordo, grosero —recitó calmadamente Cadger, colocando de nuevo su automática en el bolsillo—. Baje los brazos Blunt: se lo ordena Su Majestad el Autor. ¿Yo sólo el criminal, Barkley? Hay otro, otro que nos escucha angelicalmente. Un punto más a favor de mi teoría; tengo un hilo más de la tela de araña... Teje, teje, araña. ¡Señora Reyland! ¡Usted no morirá! —afirmó con prosopopeya repentina el detective, cruzando los brazos grotescamente. Eran demasiado cortos y carnosos...

—¡Es... es horrible... todo esto! —sollozó Dorothy Reyland—. ¡No puedo más! ¡Váyanse! Déjenme sola con Michael. ¡Váyanse!

—Calma, calma —aconsejó Reyland, nerviosamente—. Todos, querida, todos sólo desean verte tranquila...

—¡Miente, doctor! —saltó de pronto la silenciosa Louise Sayers

—. Yo sé lo que es el amor conyugal: es callar resignadamente si se atraviesan malos momentos. Es tener comprensión y no querer pronunciar la última palabra en las discusiones. Es..., por encima de todo, evitarle al ser amado el menor sufrimiento... Y ¡usted ha permitido que Roy Cadger revele bruscamente a Dorothy la extraña amenaza de muerte!

Michael Reylan miró con tanta dureza a la acusadora, que el propio Lord King, divertido espectador, sintió que su entretenimiento se amenguaba.

—Esta noche incongruente terminará pronto, distinguidos contertulios —dijo con su aire más estúpido—. Tómenlo como una diversión y dejen al señor Cadger el monopolio de las actitudes difamatorias. ¡Diablos!, como diría mi secretaria, ¿somos o no gente de mundo?

—¡Cállese! —gritó Reylan—. Sus frivolidades serán de buen tono en los *clubs* de Nueva York, pero aquí no. Están desplazadas estúpidamente. Se ventila algo atroz que me hace vivir en una continua pesadilla desde hace meses...

—No exagere —atajó bruscamente Barkley—. Nos vemos obligados a soportar a ese sujeto ineducado, porque usted, un doctor presunto inteligente, admite como posible la idea de matar a quien no se desea matar.

—¡Tttt! ¡Tttt! —chasqueó Lord King la lengua contra su paladar—. Reproable comportamiento, señores. La mayoría de ustedes figuran en la columna «Ecos de sociedad». Recuérdenlo...

—¡Y usted es considerado el mayor cretino de Nueva York! —exclamó Barkley, incontinentemente.

—Vaya, vaya... ¿Oyó hablar de mí, entonces? —inquirió risueño el *diletante*—. Estamos proporcionándole nuevos datos al único cerebro de la reunión, ya que ha logrado trastornar los nuestros. ¿Está anotado, señor Cadger, en sus informes privados, la pobre opinión que se tiene de mí? No sólo un cretino..., sino el de más volumen. Al menos el cretino de un pueblo puede consolarse. Pero en Nueva York hay diez millones de habitantes...

—Está anotado, señor King —admitió Roy Cadger—. Pero me es usted agradable y le diré que todo usted es... fachada, fachada... Domina a fondo la ciencia artística de la investigación de las falsificaciones. Reconozca en su fuero interno que yo no miento

cuando me declaro superinteligente. Demostración: usted no sólo se apropió del vaso de Cellini, sino que tiene también en propiedad más inteligencia que Barkley, Mirsa, Blunt y Sandy Duffer reunidos.

—Siguen las calumnias —sonrió Lord King con un nuevo ademán de excusa destinado al autor teatral—. ¿Sabe cuál es mi mayor deseo en estos momentos, señor Cadger? ¿No presume de adivino? Veámoslo. ¿Sabe en qué pienso?

—Sí. Le gustaría que yo fuese el chantajista, que yo soy ese asesino en ciernes. Le gustaría poder demostrarlo. He aquí el *intrínquis*.

Lord King hizo una profunda reverencia.

—¿Tengo la frente de cristal, Roy Cadger?

—No. Era fácil de adivinar. Todos desearían poder demostrar lo mismo, ya que no veo por qué razón yo no puedo ser el misterioso urdidor de la trama. Prosigamos.

—¡Alto! ¡Apéese! —vociferó «Baby»—. ¡Pruebas! ¡Hablemos del vaso de ese maldito y endemoniado Cellini!

—Escuche, señorita —y por vez primera una sonrisa iluminó la faz redonda e inmutable del detective—. También usted, como su adorado patrón... ¡Ah, ah! ¿Un leve rubor, señorita Joan Telma?

—¡Diablos! ¡Maldito sea usted! Lo que me... ruboriza es pensar que a usted, como a mí, le llaman un ser humano. Si algún día, en un rincón oscuro, le pegan un estacazo en plena coronilla, no se repantingue en su sillón para cazar al «estaqueador». ¡Yo me acuso de antemano!

—Ya va siendo usted más benévola. Antes me perseguía con un coche... Ahora, se contenta con un leño. Lo que yo quería decirle, señorita, no tenía nada que ver con si estaba usted o no enamorada de su patrón...

—Un momento, Cadger —y la voz de King resonó seca, imperativa, impresionante, por el brusco cambio en su habitual entonación—. No lleve más allá, su impertinencia, o le prometo que el primer puntapié que aquí dentro va usted a recibir se lo propondré yo.

—¿No figura usted también en la columna de, «Ecos sociales»? —y Cadger chasqueó la lengua imitando a King—. ¿Ve usted? Fachada, fachada... Van cayendo los barnices... Van cayendo las máscaras. ¿Llevaba máscara, verdad, señorita Ames, su ladrón de

alcoba? Lo que yo quería decirle, señorita secretaria, es que hay silencios que parecen aceptaciones fatalistas y confesiones de culpabilidad. Y hay protestas vehementes que son demostraciones de profunda intranquilidad de conciencia.

—¡Total! ¡Suma y tira raya!... —gruñó «*Baby*», colérica—. Si uno se calla, a la horca. Si protesta, a la silla eléctrica. Señoras y caballeros, ¿quieren mi opinión?... Quedándonos aquí le damos la razón a ese... ese... ¡qué pobre es el idioma inglés! Quisiera saber español o italiano.

—Aduciré una prueba lógica, mientras espero a que la señorita aprenda la copiosa riqueza de insultos de las lenguas mediterráneas. ¿A quién puede interesar un vaso cincelado e invendible? A un anticuario. También la señorita Ames nos dijo que sintió un cierto presentimiento, como si el robo obedeciera a motivos de odio. Fiémonos en las corazonadas... ¡No, me corrijo severamente! No hay corazonadas en usted, Beryl, porque carece de ese órgano. Lo tiene, pero sin latido. Cubierto por una impermeabilización de oro.

Beryl Ames sonrió, pero su mueca era insincera.

—¡Pobre tonto! —bisbiseó con voz enronquecida—. ¿Que entenderá usted de corazones femeninos?

—Otra máscara, que cae. La señorita Ames, en su primera juventud, sufrió un gran desengaño amoroso. Su señora madre murió de pena al ver a su hija...

—¡Calle, bruto!... —y Beryl Ames, descompuesta, corrió hacia el detective con las uñas en ristre—. ¡Calle, o no respondo de mí!

—Con sinceridad, señorita Ames... Sírvase perdonarme. Estas dos palabras de arrepentimiento hace años, muchos años, que nadie las había oído en boca de Roy Cadger. Si removí en su pasado fue... por exceso de sensibilidad por mi parte. La llaman «la bella sin alma». Y yo la aplaudo: martirice, vénguese, arruine a cuantos la acosen. El hombre es un bicho malo... y yo el primero.

Beryl Ames hizo otro gesto insospechado y al parecer desprovisto de fundamento lógico. Acarició uno de los mofletudos carrillos de Cadger.

—Gracias, Roy. Es usted inteligente. Ahora ya no sigo pensando que juega a ciegas con nosotros.

—Acaban de sonar las dos campanadas —dijo Roy Cadger—. Mañana proseguiremos.

—¡Que se cree usted eso! —silabeó Barkley—. ¿Me confunde con un cobayo? ¡Yo me iré y aquí no me verá más! Deténgame en Nueva York, si le apetece.

—Te quedarás, Randolph —dijo Beryl amistosamente—. Te necesito para repasar tus tres actos. Y... quiero saber en qué termina esta tragicomedia de la cual ha alzado el telón Roy Cadger.

—Soy un embustero —declaró Roy Cadger, poniéndose en pie lenta y fatigosamente—. Dije que yo era inteligentísimo, pero no lo he demostrado mientras he estado acusando falsamente al señor King de un delito que es incapaz de cometer y que no ha cometido. No le quitaría su mascota a una pobre muchacha que antaño Sufrió... Yo tendría que haber aprovechado mejor el tiempo, especificando las causas por las que estimo sospechosos a los que iré nombrando reposadamente y de quienes espero que reposadamente y con distinción sepan acoger mis ataques. Fíjense en lo difícilísimo que es mi trabajo. Preguntas de técnica policíaca: ¿por qué, cómo, cuándo y quién? ¿Por qué? Por cien mil dolares mensuales. Más que sobrados motivos. ¿Cómo? Logrando milagrosamente, o por la ayuda de un hecho anterior profetizado, convencer al doctor de que matará a su esposa, a la que adora, si no paga el chantaje. ¿Cuándo? Estoy aquí para ello. ¿Quién? Está aquí. Sean todos amables. Admitan alojamiento en los cuartos de invitados del señor doctor.

—¡Al grano! —exclamó Sandy Duffer, hinchando el torso, que atirantó su mal cortado *smoking*—. ¿Quiénes somos los sospechosos? La ley no puede castigar un buen puñetazo coincidiendo con una acusación falsa.

Roy Cadger miró al atleta con evidente desprecio, como el chófer, de un «Rolls» al contemplar un «Ford» de pedales.

—Ya le dije antes que me daba pena, Duffer. Desgraciadamente, usted no sirve para ser el asesino que yo he localizado ya. Usted mataría a puñetazos..., ya que en usted la facultad de pensar es un ejercicio tan violentísimo que le produce mareos. Y nuestro asesino piensa mucho, demasiado... Somete su cráneo a presiones cerebrales fuertísimas.

—¡Hable ya! ¡Acuse! ¿Supone que no adivinamos que finge olvidar lo que afirma para hacernos perder los estribos? ¡Acuse! —y Arthur Sayers ostentaba un color rojizo cercano a la apoplejía—. No

me sobes el brazo como si se tratara del anca de un potro nervioso, Louise.

Louise Sayers hizo un gesto que compendiaba tanta sumisión, que, fastidiado, Arthur Sayers murmuró:

—No seas tontuela, Louise. Ese individuo ha logrado lo que se proponía. Nos ha ido sacando de quicio de uno en uno. ¿Y qué? ¿Acaso si Dorothy está en peligro, éste ha cesado debido a los odiosos métodos empleados por ese individuo?

—Sí, señor —afirmó solemnemente Roy Cadger—. Ha cesado el peligro, porque yo aviso al criminal. Yo pongo todas las fichas en el tablero... El criminal sabe que yo ya sé... Sabe que sé quién es.

—¡Por favor! —terció Michael Reylan—. Termine ya, Cadger. Mis invitados están bajo los efectos de una sobreexcitación intensiva. Permítales retirarse.

—Usted es el anfitrión, doctor. Pero, en el propio bien de todos nosotros, para que podamos ver alborear un nuevo día con ojos soñolientos..., pero no vidriados por la muerte, indicaré un reparto de los personajes de este drama. La maldad de nuestro, asesino es tan alambicada, que no vacilará, si cree que alguien sospecha, en suprimirlo.

—¿Insinúa... insinúa usted...? —balbució Beryl.

—¡Mi mayor éxito! La actriz de la dicción purísima tartamudea. No insinúo, señorita Ames. Afirmo que cada uno se reserve para sí mismo sus sospechas. Sería tonto se las fuera a contar al asesino o a algún cómplice. Mi última baba de sapo, señor Sayers. Su agencia de Bolsa ya no tiene los clientes antiguos. ¿Los pocos que quedan son tan importantes como para permitirle invitar a espumosos por cajas enteras, y regalar brazaletes de duras piedras ablandatorias? Perdón, señora Sayers: me olvidaba de usted. Usted, por el exuberante cariño que le tiene a su esposo..., sería, no ya capaz de encubrirle, sino hasta de delinquir con tal de que él, donde fuera y como fuera, se sintiera contento.

El salto que dio hacia delante Arthur Sayers pareció que repercutiría fofamente, porque sus dos puños iban dirigidos al rostro de Roy Cadger.

Aumentó el desconcierto que producía la obesidad y la apacible apariencia del detective, cuando los que acudían algo tarde y voluntariamente lentos le vieron saltar ágilmente de costado,

esquivando con felina ligereza y parapetarse tras la butaca, mientras Arthur Sayers era mantenido por Lord King y el doctor Reyland.

—Soy un embustero, Sayers —reconoció Cadger con seca entonación autoritaria—. Mi obesidad es por causa de mi apetito. Pero hasta el año último fui campeón del peso medio en el cuerpo de detectives. Lo que me faltaba en estatura lo suplía, al parecer, con cierta dureza de pegada qué los demás me echaban en cara al despertar de sus *K. O.*

—¿Cuándo hacemos un par de *rounds* de guantes, señor Cadger? —brindó Lord King, amablemente.

—Tan pronto acabe ese asunto, señor King. ¿Su secretaria no pondrá herraduras dentro de sus guantes para traerle suerte? Hablando, hablando, me olvidaba de servirles mi último extracto concentrado. Todos los presentes serían sospechosos para un detective vulgar. Todos, sin excepción ninguna. ¿Atentos? He dicho todos.

—¿Yo... yo?... ¡Maldito...!

—Todavía no ha tenido tiempo de comprar la gramática italo-española, señorita, aunque dudo que la encuentre para las palabras que desea —reprochó Cadger—. Anoten mentalmente: Andrew Mirsa es hombre que para vivir satisfecho, sin ansias mortales, necesita el quíntuple de lo que gana. Misma razón para mi reciente contrincante que es un mal boxeador. El señor Blunt levantó los brazos prontamente: tiene el complejo servil de la obediencia irreflexiva. Pero los hongos crían musgo. Conoce a fondo la personalidad de su jefe. Ver ganar dinero a espuestas produce resquemor, que arde, arde inextinguiblemente... ¿Usted, señor Barkley? No frunza los labios sarcásticamente. Por fortuna, no estamos oyendo uno de sus dramas adocenados. La ambición de todo autor es no verse, controlado por un empresario, un capitalista y un actor o actriz. Formar compañía propia, tener dinero para ello. ¡Ah, gran ambición, Barkley! Y... por amistad, quizá entonces la señorita Ames consentiría en casarse con usted, autor-empresario-millonario.

—¡Imbécil!

—No le he pedido que me decline su seudónimo —rebató Cadger.

—Yo... yo... ¿declararía a los periodistas que mi repentina fortuna me la dio el *Sha* de Persia?

—O uno de sus caballos entrando ganador contra todos los pronósticos. Al fin y al cabo, un cachito de imaginación sí tendrá usted, ¿no, Barkley? ¿A quién le toca? En guardia, señor Duffer. Si yo tuviera que soportar a diario la comparación con un muñeco bien musculado, ser mirado como si fuera un Tarzan de guardarropía, buscaría dinero como fuese, también por resentimiento contra las damas y damitas que le miran con mucha más altanería y mucho menos mimo qué al más feo, de sus pequineses.

—¡Desprécielo, Sandy! —intervino «*Baby*»—. Pura envidia que le tiene, porque él es una salchicha saltarina. ¿Un pacto, Sandy? Entre los dos nos juramentamos hallar oportuna ocasión para apalazar a un tal Cadger.

—Quedan ya pocas personas indemnes —advirtió Beryl Ames—. Entremos todos a compartir las salpicaduras. Nos tocará, a menos. ¿Mis motivos, señor intuitivo?

—No quiera acaparar el primer papel —rezongó bruscamente Cadger—. Ya ha salido bastante a escena. ¿Quién queda? Nuestro *dandy*, el señor King. Un talento religiosamente camuflado, como las buenas maquinarias de precisión que no se fabrican por serie. Peligroso, aunque tiene un punto a su favor: es un artista... No como el señor pianista, que es esclavo de sus propias pasiones. El señor King es egoísta, calculador, paradójicamente generoso, amante de los vasos bien cincelados... Un artista y un caballero no puede ni siquiera, con el propósito de intimidar, servirse de una supuesta muerte femenina.

—No por esto, señor Cadger, me privaré del placer de boxear con usted.

—De acuerdo ambos. El deporte es una cosa, y el trabajo mutuo, otra. ¿No queda nadie más?

—¡Yo! —acusóse valientemente «*Baby*», porque era tan absurdo lo que veía que quiso impedirlo. Los ojos de Cadger, luminosos, sardónicos, miraban a la señora Reylan—. Necesito cien mil dolares mensuales, porque me han dicho que quien no ahorra nunca llega a rico.

—¡Usted queda eliminada! —fulminó el detective incisivamente

—. ¿Qué años? ¿Veinte, veintidós?

—La mitad de los suyos, Matusalén, añadiéndole cuatro y multiplicando por «x» después de restar siete.

—Siga siendo juvenil, petulante, *swing*, y continúe creyendo que a los pájaros se les coge poniéndoles granitos de sal en la cola... ¿Señora Reyland? Es molesto, molestísimo, que su marido sea un maniático del psicoanálisis y de las antigüedades. ¿Cómo curarle del primer vicio? Dándole freudianismo hasta en la sopa; sometiéndolo a una tortura moral prolongada... ¿Qué importan los medios, si el fin es bueno? Por esta noche he terminado mi actuación, distinguido público. ¡Vaya, ustedes tienen la culpa, actor y actriz! Me hacen pensar que siempre, siempre vivimos en perpetua farsa de disimulos. Se han acabado los fuegos de artificio. ¿Han visto remontarse un cohete? No ilumina la noche, pero alumbra paisajes oscuros. He tirado muchos cohetes.

Roy Cadger, al terminar su frase, avanzó un paso. Irguióse.

—A quien me lo pida le mostraré el documento extendido por el propio jefe del Departamento Superior de Investigación Criminal, que me faculta para detener llegado el momento y para ordenar llegado el momento. Ha llegado... el de ordenar. El incumplimiento de lo que yo disponga entrañará responsabilidad criminal... ¡Atiendan!

—¡Lo que nos faltaba! —rezongó Barkley—. De un infierno de insidias, nos vemos trasladados a la disciplina de un cuartel prusiano. ¡Me da asco, Cadger!

—La misma reflexión me hice cuando incautamente asistí a la representación de su mejor obra, Barkley... Veamos; no nos extraviemos y, como el mal pastor, coloquemos al lobo con la oveja. ¡Señor Mirsa! Pasará la noche en compañía del señor Blunt. ¡Señor Sayers! Una noche junto a un autor teatral es preferible a una horrenda pesadilla. Verá cómo se inspira la gente para decir vaciedades. Debe ser curioso contemplar cómo un limón reseco se exprime en vano intentó de sacar jugo de naranjas. ¡Señor Sandy Duffer! Con el otro deportista engañador. Me refiero a usted, señor King. ¡Señora Sayers! Impregne su filosófica resignación a la señora Reyland. ¡Diablos, diablos! ¡Peliagudo problema! ¿Toda su ecuanimidad, señorita Ames, le bastará para resistir una noche entera junto al frasquito rubio de gaseosa?

—Si yo soy el frasquito, ¿no atisba el barril, gordo antipático? — explotó «Baby».

—La señorita Joan Telma me es simpática —dijo Beryl, sonriendo.

—Lamento tener que coincidir con usted —dijo Cadger con un suspiro—. Bien, no puedo ordenarles que duerman. No estoy facultado para ello. Inténtelo. Las horas de la noche andan poco a poco, de puntillas...

—Obedezcamos, señores —dijo Lord King, riendo—. Estaremos mejor alejados del fuego de la ametralladora verbal. ¿A qué hora podemos salir de nuestras habitaciones, señor policía?

—Me hiere su reproche, señor King, al llamarme «policía». Tal como les he repartido, la oveja negra no desteñirá. ¿Salir? Cuando quieran. ¿Pasear? Por donde quieran. Pero a solas, nadie. ¿Que quieren reunirse de cuatro en cuatro por preferencias de gustos e inclinaciones? Completa libertad. Sólo achucharé mis perros contra los paseantes solitarios... porque de noche no se distingue al que mata del que es herido.

Fueron desfilando todos con ademanes que querían hacer naturales. Sólo lo lograron Beryl Ames y Lord King. Richard Blunt, presuroso, anunció que él indicaría las habitaciones más adecuadas.

«Baby», al disponerse a salir, volvió la cabeza.

—¡Ey, Cadger del demonio! No me fío de usted. ¿Quién se encarga de vigilarle, so criminal de guerra?

—El propio doctor. Él me vigilará y yo le vigilaré. ¿No es el más sospechoso, por estar señalado con el dedo fatídico de un inexorable asesinato?

«Baby» esbozó la más insinuante de sus sonrisas, mirando al doctor:



—Pasaré la noche en compañía del señor Blunt.

—¿Señor Reylan?

—Dígame, señorita —musitó, abstraído, el médico.

—Piense... medite en una operación en seco, ¿sabe? Buenos bisturís afilados cortando carnes grasientas. Avíseme, ¿sabe?, si necesita una ayudanta... Yo vivía cerca de un matadero de cerdos y...

—¡Lárguese! —sonrió Cadger—. ¡Es un demonio esa muñeca!
¡Es aún más grosera que yo!

Y la admiración que había en las palabras de Cadger disgustó a «*Baby*», que se marchó contrariada. Meditaría otro punto sensible en la coraza adiposa de Roy Cadger.

CAPÍTULO VI

Horas que andan de puntillas...

Michael Reylan, al quedarse a solas, con Roy Cadger, dejóse caer abatido en el diván.

—No debí... no debí llamarle, Cadger.

—Ya es tarde para arrepentirse, doctor. Mi materia gris ha empezado a funcionar y no hay quien la frene, como no hay quien detenga la lava del volcán. Sólo habrá un freno. La detención del chantajista.

—O el fracaso.

—Pierda esta esperanza, doctor. Nunca fracaso.

—¿Acaso está usted insinuando que yo me alegraría de que fracasase?... ¿Después de estas horribles horas en que le he oído acusar a diestro y siniestro?

—Analice químicamente mis razonamientos. ¿Quién vio al chantajista? Usted tan solo. ¿Quién le oyó hablar? Usted solo. Cuando telefonea, ¿quién le oye? Usted solo, ¿no?

Aguardó el detective un instante. Cabeceó, aprobados.

—Bien. Es usted fuerte, doctor. Casi de mi talla intelectual. Si hubiese contestado que yo podía comprobar las llamadas con una derivación telefónica, entonces yo le habría replicado que para intentar vanamente engañarme, usted, de la misma forma que hizo aparecer a su comparsa con una truculenta pistola, también le indicaría que le telefonease para dar más verosimilitud a su leyenda. Y yo, al escuchar tontamente por la derivación, como lo he hecho, oiría la voz de un desconocido que le diría: «Recuerde, doctor. Su envío mañana a Lista de Correos, Estación de Conneticut

End, 67, Nueva York. Recuerde, doctor». Es usted habilísimo, Reyland, pero cometió un fallo. Me mandó llamar para que yo diera el vistobueno a su plan. No pienso dárselo. Porque valgo más que usted.

—Mi palabra de hombre, Cadger: me pasma que haya usted llegado a su edad. Inspira deseos criminales de estrangularle para no oírle verter más monstruosas enormidades.

—Hipérboles, doctor. Ya se lo he reprochado otra vez. «Estrangular, monstruosas, enormidades... Inspirar deseos criminales...». Palabras indicadas del léxico que la rubita secretaria aprende en los folletines. Pero no pertenecen a las usuales en un culto intelecto como el suyo, doctor. Todo es forzado en usted. Frases, actitudes, reacciones. Un médico que a la par es un cirujano, tiene más dominio sobre sí mismo.

—Pero ¡por Job! ¿Comprende o no? Es mi mujer a quien quiero sin intelecto ni cultura, obtusa y llanamente a los hombres, la que está en peligro.

—Un peligro que nace de una declaración hecha por usted, repitiendo supuestas palabras de un desconocido. Ya, ya, también las que hemos oído usted y yo esta noche en boca de su pistolero comparsa. Óigame, doctor: ¿qué dote tenía Dorothy al casarse con usted?

Michael Reyland asió la mesa con manos donde resaltaban las venas. Pasóse la lengua por los labios.

—Que nunca me vea obligado a operarle, Cadger. Faltaría a mi deber de cirujano.

—Yo no falto al mío, que también es de cirujano. Le estoy operando. ¿Duele, doctor? Tampoco acarician las pinzas con las que expone al aire todas las infecciones.

—Me casé con Dorothy sin quererla. Tenía medio millón de dote. Monté con ese dinero mi clínica. Después... fui progresivamente amándola. ¿Satisfecho, Cadger?

—A medias. Oiga: Si Dorothy quisiera divorciarse, ¿la clínica a quién pertenecería?

—A ella. Pero no podría divorciarse de mí. Llevo una vida ordenada y nada podría ella alegar, más que la quiero excesivamente. He dicho excesivamente, porque es por eso que sufro. Desearía ser como usted. Un bicho sin fibras.

—¿No vio la máscara de Beryl? A lo mejor yo llevo mi gorra bien calada.

—No. Usted es el clásico ejemplar de pez de sangre helada. Pero los peces no hablan.

—Un pez no le arreglaría el problema, doctor. Yo, sí..., lo quiera usted o no.

—¿Por qué insiste en si lo quiero o no? ¡Déjeme, Cadger! Cállese. Estoy cansado y quiero tenderme para tratar de dormir. ¿Quiere cesar en sus experimentos?

—Procure descansar. Buenas noches, doctor. Soy un enfermo, ¿no se ha dado cuenta?

Una fugaz expresión de penetrante «ojo clínico» se enseñoreó del rostro de Reyland mientras miraba a Cadger. Éste se examinó las uñas.

—Necesito exhibir boca arriba todos los naipes que pueden barajarse para formar el juego completo. Siempre ha sido mi enfermedad. Paradojas de nuestro error óptico al enjuiciar los hechos. A los fulleros, que así llamo a todos mis colegas que se esconden los ases en la manga, para sólo enseñarlos al final, se les mira con recelo y antipatía, pero se les contesta correctamente como si la partida de naipes que ellos juegan fuera *fair play*. A mí que juego limpio... Bien, no cabrían en un centenar de volúmenes tamaño Gran Enciclopedia la cantidad de insultos que voy cosechando. Ingratitud, ceguera, desquiciamiento de la órbita universal. ¿No sustenta usted esta teoría? He leído todas sus obras doctor. La frenología me encanta.

—¿Yo soy el ratón y usted el gato? ¿Usted el médico, y yo el loco?

—Cálmese, doctor. No vea locos, por doquier. Estamos en una clínica pero usted es el médico. Un médico sensato, y yo soy un inteligentísimo técnico intuitivo. Tiene usted frases en sus obras que... Cálmese.

—Pero... ¿es que le solicito frases de apaciguamiento? Empiezo a odiarle, Cadger.

—Mi pobre abuela la coja también se hizo merecedora de mi odio infantil porque me despertaba todas las mañanas con una cucharada sopera de hígado de bacalao. ¡Puaff! Malísimo, ¿verdad? Pero saludable.

—Usted está tratando de cansarme, de irritarme. ¿Para qué, justo cielo, para qué? ¿No hay cortesía en su código personal, ni sensibilidad?

—Descanse, doctor. Usted necesita reposo, buena alimentación y disminución de desgaste celular. Menos lectura, menos pensar...

Michael Reyland estalló en carcajada incontenible, ronca, que terminó en un truncado gorgoteo.

—Emplea usted las mismas palabras que yo le diría en plan de médico filántropo a un cliente cuyos honorarios no quisiera yo explotar. Como hacen los buenos médicos de pueblo. Pero, cuando lo hago así, ceso de atosigar con preguntas y procedimientos psicoanalíticos a mis clientes. Les abro la puerta. Dejan de verme. ¡Dejan de oír mi voz! ¡¡Dejo de torturarles!! ¡¡¡Porque les torturo escarbando sus más recónditos rincones mentales con mis frases al parecer estúpidas!!!

—¿Tiene un cigarrillo, doctor? Necesito fumar. He hablado demasiado. Voy a darme una vuelta por las cercanías de sus invitados.

Michael Reyland miró a Cadger mientras éste encendía un cigarrillo, cómo si lo viera por vez primera.

—Es usted un fenómeno, Cadger. Cuídese. Mis invitados, algunos o casi todos, se sentirían muy aliviados de la tensión eléctrica con que usted les ha cargado, descargándola sobre usted.

—Formo rápidamente los cortacircuitos. ¿No le he descargado ya a usted mismo? Aprenda una lección que a nadie le he enseñado, doctor. Sepa penetrar cuándo, hablo, verdades y cuándo miento. Creí que usted sabría percibir la diferencia tenue, pero sintonizable. ¿No ve que al acusarlo lo hago para yo poder descargar también mi exceso de imaginación?

—Me temía que el peligro subsistiera al no creer usted en mi sinceridad. Gracias, Cadger.

—No me las dé. Abuso más del embuste que de la verdad. Hasta ahora.

Como un obeso rentista que va a efectuar un paseo higiénico, Roy Cadger eligió el bastón más recio del perchero.

Sus pasos fueron alejándose rítmicamente, engañosos. Resonaban pesadamente...

Michael Reylan despertóse bruscamente, con el aviso subconsciente de que alguien le miraba con fijeza.

Levantó la frente, separándola de sus brazos cruzados que reposaban en la carpeta. Reclinóse contra el alto respaldo de la silla de su mesa-despacho.

Roy Cadger, sentado frente a él, sonreía por tercera vez desde que Michael Reylan le conocía. Y su sonrisa tenía un indefinible matiz de sádica burla, de criminal regodeo.

—¿Ha podido dormir, doctor? ¡Feliz usted! Aunque sólo sea una hora, ha dormido. Las horas andan de puntillas y todos sus invitados hablan entre sí. Cuchichean... Nadie duerme. La noche está alerta, y las ventanas y las puertas son ojos que acechan. Yo vagabundeo. Le he oído emitir suspiros que no alcanzan el límite de los ronquidos, pero que lo rozaban. Le envidio, doctor. ¿Sueña usted cuando duerme?

—¡Tan sólo son las tres! Quisiera pasearme. Coger el coche y devorar kilómetros, kilómetros, toda la noche hasta la madrugada, en que tendré que ir al banco, a sacar mi última reserva de Cien mil dolares.

—¿Para qué? ¿No está aquí en su casa el que ha de cobrar? No será tan estúpido como para dejar esto al cuidado de su comparsa. Ciertamente yo tampoco soy vulgar y no caeré en la rutina de hacer vigilar el buzón.

—Ése será mi último pago, Cadger. Después... me mataré.

—¡Bah, bah! Monsergas. Bien, ¿no quería ir a pasear? El aire de la noche calma mucho. Es un sedante... Adiós, señor doctor.

—¿Adiós?

—¿Volverá? ¿No piensa en la frontera canadiense?

Michael Reylan dio un respingo. Se levantó frotándose los ojos y bostezando con amplitud.

—Ya me he acostumbrado a su zumbido, Cadger. Me resulta tan inofensivo como un bisturí mellado. Hasta luego, o ¿viene conmigo?

Roy Cadger señaló el ala ocupada por las habitaciones de huéspedes.

—No puedo acompañarle, doctor. Ahí tenemos a nuestra pesadilla.

Michael Reylan salió sin decir palabra. Roy Cadger se acercó a la ventana, y, cuando el coche del doctor era una sombra moviéndose entre las sombras del jardín, tamborileó pensativo sobre los cristales.

—Espléndida noche —dijo en voz alta—. Bien, bien. La luz del sol no evita crímenes.

Abrió de par en par la cristalera, aspirando con deleite.

—¡Doctor! —gritó.

—Diga —sonó, lejana, la voz de Reylan.

—Prudencia, amigo mío.

—¿Miedo, de que mate o de que me asesinen?

—Pise el acelerador. Paséese. Lejos de aquí, muy lejos.

Volvió a cerrar la cristalera.

—Una pregunta con dos interrogantes y que todos habrán oído. Bien, bien.

Sacó de su bolsillo una libretita, donde en una hoja, alineados uno bajo el otro, figuraban todos los nombres de los asistentes a la cena del lunes, menos dos.

Añadió el nombre de Michael Reylan...

—Seamos escrupulosos —rezongó.

Trazó cuidadosamente su propio nombre: «Roy Cadger», debajo del recientemente escrito.

—Con doce naipes empezó el juego, y, ¡diablos!, como diría la rubita, ¡no vale hacer trampas!

* * *

Andrew Mirsa denegó la oferta que le hacía Richard Blunt, muy en su papel de secretario que no exhibe su verdadero pensar, sino que tan sólo está atento al bienestar de los invitados.

—Gracias, Blunt. Yo no podría dormir aunque mantuviera horas enteras los ojos cerrados. Ocupe, si quiere, la cama que tan amablemente ha desembozado para mí.

—Pensaba ocupar el diván si el señor no manda otra cosa —replicó respetuosamente el secretario.

Andrew Mirsa, sentado en una butaca, se miró las manos silenciosamente con mueca sarcástica.

—Según Cadger, mis manos son las de un asesino, o cuando

menos las de un chantajista.

—No piense el señor en ello. Intente dormir.

—¿Dormir? ¿Dormirán los demás? Estamos los dos solos, Blunt. Llámeme Mirsa a secas.

—Como secretario de...

Le interrumpió la breve risa del pianista, que la apuntó con un índice erecto.

—No hay en las horas de esta noche lugar para los minutos rutinarios, Blunt. Ni yo ni los demás invitados vemos en usted a un secretario. Ni usted ni los demás ven en mí a un pianista. ¿Oye el tic-tac

de este reloj? Desgrana segundos. Pero forma una escala monorrítmica. Preste oído. ¿No oye? «Tú —dice—, tú». ¿No me comprende, Blunt? Yo no soy un obrero del piano esta noche; soy un posible asesino. Y usted también. El reloj, con su «tic-tac

», acusa a alguien, como si fuera una conciencia monótona y machacona. ¿A quién acusa? ¿A mí? ¿A usted?

—Me permito sugerir al señor que piense en algo menos molesto —y deslizó hacia el cocainómano una mirada inquieta—. Tengo la certidumbre de que ni usted ni yo debemos preocuparnos por la hipótesis del señor Roy Cadger.

—Y yo le sugiero que no sea tan dogmático, Blunt. ¿A qué negarlo? No dormiremos ninguno de los dos... porque las horas andan de puntillas. ¿Las ve deslizarse? ¿Hay algo que ponga más nervioso que ver a una persona andar de puntillas? En la noche, el menor ruido suena como un toque discordante de tecla sacudida por el huesudo dedo de un esqueleto rondador.

Más que las frases, lo que terminó de asustar al secretario fue la risita sarcástica y «casi demoníaca» de su compañero de habitación.

Richard Blunt decidió que tampoco, podría dormir teniendo en su compañía a un artista que ya de por sí los conceptuaba extravagantes, y más aun si por añadidura, al ser europeos, tenían predilección por las crueles venganzas...

Y por la pantalla cerebral del miedoso secretario desfilaron las sucesivas imágenes de un esqueleto tocando el piano; escenas de guerras..., ¡esos europeos tan propensos a batallar incansablemente entre sí!...

No; no podría dormir, por más que «el cocainómano húngaro fingiera estar muy absorto en la lectura de una revista de espectáculos...».

* * *

Randolph Barkley colocó encima de la mesita de noche un objeto negro que chocó metálicamente contra el mármol.

Arthur Sayers, cuyo pensamiento estaba alejadísimo, recuperó su presencia de espíritu en la actualidad de una habitación que estaba, compartiendo con un desconocido que le había sido presentado aquella misma noche.

Pestañeó al ver que el objeto que depositado por Barkley sobre la mesita le había «despertado» de sus pensamientos era una pistola automática.

—Considero teatral y truculento este gesto suyo, Barkley —dijo ceñudamente—. Y, sobre todo, muy carente de cortesía.

—Tengo que aclararle que el teatro es mi profesión y mi favorita base de argumentaciones en la truculencia... Ahora le toca a usted aclararme por qué alude a mi cortesía. No le entiendo, ni creo que le haya demostrado si soy o no descortés, ya que desde que hemos sido colocados en esta alcoba por el secretario no hemos cruzado la menor palabra.

—La descortesía, la ofensiva e insidiosa falta de tacto está en la exhibición por su parte de un arma —dijo Sayers con aspereza.

—¡Ya le ha contagiado Cadger! —masculló el autor, irritado—. De usted no me preocupo, Sayers. ¿Qué peligro representa para mí? Si usted fuera un colega mío, con una obra por estrenar desde hace diez años, entonces sí que esta pistola la hubiera mostrado ostensiblemente para impedirle que tuviera tentaciones de matarme. Pero usted es... no sé qué intermedio entre un comerciante y un corredor de fincas.

—Agente de Bolsa —corrigió secamente Sayers.

—Le advierto que yo no especulo —replicó el autor con ironía—. La pistola es contra la noche y sus asechanzas. Es contra el posible asesino. Es contra las horas lentas y pobladas de crujidos inquietantes.

—Excesiva truculencia. Saque su arma cuando vea algún peligro.

—En mi mesa de trabajo hay siempre un tubo de aspirinas y no siempre tengo forzosamente que padecer de neuralgias. Pero prevenir es curar. Tendido en la cama la pistola está así más al alcance de mi mano.

—Por cierto —y Sayers, desde su asiento, inició un nuevo debate—. Podría usted haber, tenido la cortesía de solicitar cuando menos mi opinión acerca de la cama. Es una y somos dos. ¿Tampoco me entienda ahora?

—Como no creo que me sugiera la posibilidad de contraer un enlace matrimonial, ya que está usted casado, supongo que está deseoso de demostrarme que mi cortesía tiene fallos. Me tendí en la cama porque usted se sentó en el sillón. Si Usted se hubiera tendido en la cama, yo sería ahora el que ocuparía su sillón. ¿Le satisface mi excusa?

—Evasiva.

—Oiga, Sayers. Tiene usted un rostro de los que yo califico de «me-pirro-por-las-discusiones». Si desea discutir, aguarde a encontrarse en la dulce intimidad y quietud de su hogar. Conmigo no cuente para bailar el agua. Yo sólo discuto y peleo con mis amigos. Las personas que me son indiferentes no son dignas de que derroche mi energía medular ni mi reserva de frases cotizables.

—Reitero y ratifico lo dicho, Barkley. Su actitud dista mucho de ser la de un hombre de mundo cortés.

—¡Al demonio usted, su mundo y su letanía! —gruñó el autor—. ¿No me ha bastado ya el haber tenido que soportar a Cadger? Compadezco a su esposa de usted, Sayers. Porque yo al menos tendré la suerte de perderle a usted de vista mañana...

—¡Si estoy aquí con usted no es por mi gusto ni mucho menos!

—Mutuamente estamos en la misma tesitura. Cadger nos distribuyó y Blunt nos encajonó en el establo. Meras ovejas que tienen que obedecer al mandato del tosco pastor armado con el palo de la ley —el autor sacó de sus bolsillos varias cartulinas—. Si se calla, Sayers, escribiré. Y al callarnos los dos el anunciado e invisible criminal no podrá ser ninguno de nosotros dos, hipótesis que podría presentarse si nos enzarzáramos en tontas discusiones. El gordo Cadger ha logrado atirantar nuestros nervios, dejándonoslos como mechas vibrantes que estallarán al menor chispazo. Cállese, Sayers, y me callaré.

—No será sin antes exigirle que me presente excusas por sus reticencias al referirse a mi esposa.

—¡Todos mis respetos para su esposa! ¡Todas mis excusas para usted! ¡Liquidado el incidente! Y ahora ¿me concede su señoría una magnánima venía para que me dedique a escribir con cortesía o sin cortesía?

—Si no piensa dormir, podría al menos, dejarme la cama y usted ocupar el sillón. Yo dormiré, porque yo... no le temo al asesino.

—¡Imbécil! Sí, ¡usted! Podría decirle, que quién nunca le temé al asesino es el propio asesino, pero yo no soy Cadger. ¿Sus sesos los dejó en su casa? Dígame, ¿de qué asesino habla? ¿Quién es el que le teme?

—¡Usted! ¿Para qué sino tiene la pistola al alcance de su mano? Y no me llama imbécil porque no consentiré que...

—¡Paz, paz, paz! —manoteó Barkley nerviosamente, con ademanes conciliatorios—. Excúseme si le he llamado imbécil, pero es una palabra que se me escapa con frecuencia. Llamo imbécil al público que no logra entender mis obras paradójicas. Llamo imbécil a quien no se da cuenta de que en esta casa ni ha ocurrido nada ni ocurrirá nada. Si he sacado la pistola es porque me molestaba en el bolsillo trasero del pantalón, hincándose presionada por la cama contra la porción carnosa de mi anatomía que puede usted suponerse. Recapacite, Sayers, y afloje los nervios. Después de varias horas de chismorreó, ¿qué tenemos? Alusiones a un chantaje problemático contra Reyland, y un pistolero amabilísimo. Nada más. ¿Dónde está el asesino? En ninguna parte. ¿Y quién quiere asesinar a quién? Nadie... Si Reyland quiere matar a su esposa, allá él. Pero le reprocho que para resolver una cuestión que con arsénico la epilogaba, nos ha organizado tres actos insoportables llevándonos de primer actor a Cadger. Sí; no me examine como si yo fuese de los dos que estamos aquí, el imbécil.

—¿Se atreve a... se atreve a acusar a Reyland de haber inventado toda una trama para matar a su esposa? —y sin querer, inconscientemente, Sayers se interesó en el asunto—. Pero si es él, precisamente, quien llamó al detective para...

—¡Renuncio, desisto! Usted sería incapaz de escribir tan siquiera un calendario para niños de siete años. Carece de imaginación. Un hombre inteligente, ¿sabe usted lo que es eso?, un hombre como yo

o Reyln, si piensa matar, llamará al detective antes y no después. En fin, pierdo mí tiempo; Sayers, ¿me quiere hacer el solemnísim favor de intentar cerrar la boca?

—¡Si es usted el que no hace más qué hablar!

—¡Oh, oh! ¡Júpiter, mándanos tu rayo piadoso y exterminador! ¡Convierte a ese caballero en una estatua de sal! ¡O en una deliciosa chiquilla de dieciocho abriles!

Arthur Sayers quiso demostrar que él también conocía el empleo, del sarcasmo.

—¡Júpiter! —imitó la voz implorante del autor—. ¡Atiende al señor Barkley! Se contentará con que me transformes en *Miss Beryl Ames*.

Randolph Barkley empezó a escribir nerviosamente. Sayers apuntó:

—No es mi costumbre cortés aludir a señoras, pero usted aludió a mi esposa, y yo...

—Este cuarto tiene ahora cinco paredes —dijo Barkley con tajante entonación—. La quinta soy yo. Siga hablando sandeces con las otras paredes. Hay cemento en mis oídos. Usted no existe. Adiós.

—Le diré a Reyln, que es íntimo amigo mío, lo que usted ha osado insinuar contra él. Tenga la certeza que...

Continuó Sayers hablando, pero terminó por callarse, ya que el autor, semiacostado de bruces, escribía en sus cartulinas, sin concederle la menor atención.

* * *

Beryl Ames y Joan Telma demostraron que poseían en grado sumo el arte femenino de hablar mucho sin decir nada.

Transcurrió media hora, en la que ambas, sentadas en un diván, fueron perdiendo la inicial reserva.

—... y entonces yo le dije: «Si usted se cree listo, es que tiene mucha credulidad». Él me llamó «insubstancial», y yo, por si acaso, le llamé... Bueno, no puedo repetirlo. Le llamé algo que decíamos mucho en la calle Buhmpreck. ¿No sabe? En el barrio de Long Bay. Es donde nací. Claro es un barrio que usted no conocerá porque es pringoso y sólo vive allí gente obrera y pobre.

—¿Puedo tutearte, Joan? Hastiada de «alta sociedad»,

sublimemente correcta e insincera, me encanta tu charla. ¿Long Bay? —y la actriz cerró los ojos, evocando—. Hay en este barrio una callejuela que se llama Finlanders. Allí vivíamos mi madre y yo, hasta que... cumplí dieciocho. Que fue también cuando ella murió... Sí, «*Baby*»; éramos Casi vecinas.

—¡*Guá!* ¡Y yo sin enterarme! La habría conquistado a usted para que me dejara desempeñar los papeles de doncella.

—¿Te molesta tutearme, Joan?... Hazlo. ¿Te gustaría, trabajar en las tablas?

—¡Oh, bueno! Como prueba nada más... Yo te admiro porque no sé cómo puedes reír y llorar cuando te da la gana.

—Dime, Joan: ¿no sientes desprecio hacia mí?

—¿Yo? —extrañóse «*Baby*» sinceramente—. ¡Diablos, no!

—¿No oíste qué yo soy la mujer sin alma? ¿La que arruino...?

—¡Hey, hey! Fíjate en lo que te digo, Beryl. Cuando una persona no me desagrada, si asesinara a alguien yo no le ayudaría, pero haría la vista gordísima. Y... el mismo Cadger, repugnante barril de sebo, pues... te pidió perdón. Tú haces lo que haces, igual como cuando a mí en el «Metro» me pisan un callo. Respondo con una sonrisa..., y un puntapié en la espinilla. Claro que enseguida le pido perdón y quedamos en paz.

Beryl Ames besó a «*Baby*» con espontánea gratitud.

—Eres buena, «*Baby*». Haberte conocido me da mucha alegría.

* * *

Lord King y Sandy Duffer opinaron sobre las marcas mundiales deportivas.

Bostezaba ya Sandy Duffer, cuando, repentinamente, la puerta de la habitación se abrió, y «*Baby*», con el índice tembloroso y el rostro dilatado por el terror, exclamó, señalando a Sandy Duffer:

—¡Ése es el culpable! ¡No rechiste, Duffer! ¡Usted es el misterioso personaje que Roy Cadger busca!

CAPÍTULO VII

A la hora gris...

Sandy Duffer pasó de una actitud de consternado asombro, a otra de furioso desconcierto.

—Yo, no...

—¡Cállese! —conminó «*Baby*», enérgica—. Sus protestas de inocencia son flojas, anémicas y sin convicción. Se cumple la obligada ley que impone detener al que parece más por encima de toda sospecha. ¡Dese preso, Sandy Duffer! —y emitió una risita satisfecha—. Me salió bien, ¿eh? Entra, Beryl. Han picado el anzuelo; se tragaron la broma. ¿Ves cómo tengo cualidades de actriz? ¿Se dio cuenta, patrón, de mi talento arrollador?

Beryl Ames entró en la habitación, y Lord King se calló lo que iba a decir, que no era, ciertamente, elogioso, pero Sandy Duffer, malhumorado, protestó:

—Su broma nada ha tenido de graciosa, «*Baby*».

—¡Vaya!... —y «*Baby*» colocóse los puños en las caderas—. No he hecho más que imitar a Roy Cadger y se enfada usted. No hay paladar, no hay paladar en la boquita de Sandy Duffer, el buen mozo. Nos aburríamos Beryl y yo, patrón, y hemos pensado que un *poker* entre los cuatro acortaría esas horas tan largas.

—¡*Poker*! —rezongó Duffer—. Yo no tengo ganas ni de jugar ni de bromear.

—Veamos, veamos, muchachote —habló «*Baby*» como una maternal sesentona—. Eleve el ánimo; hinche sus neumáticos. Estudie la situación: Cadger no ha hecho más que hablar, hablar..., pero agua de borrajas. ¿Hay cadáveres? No. ¿Hay arroyuelos de

sangre por los pasillos? No. Estamos todos tan campechanos y vivos, que...

Un disparo resonó huecamente en la quietud de la noche. Tan inesperado, que «*Baby*» miró recelosa a Sandy Duffer.

—¿Cree usted que la novecita está para bromas, Sandy? Ensáñeme las dos manos y no saque más petardos... ¡Diablos!...

Un segundo disparo y unos gritos procedentes del jardín convencieron repentinamente a «*Baby*» de que la tragedia acababa de asomar su feo rostro...

Lord King abrió la ventana y salió a la terraza. Oíase lejano el rumor de un coche alejándose a toda velocidad...

Varias luces se encendieron, y en el jardín frotaron los círculos iluminados de los arcos voltaicos.

Beryl Ames, el nadador y «*Baby*» vieron como Lord King, saltando la balaustrada, avanzaba al encuentro de Randolph Barkley llevando en brazos a una mujer desmayada.

—Ayúdeme, King. Esta señora pesa demasiado para mí.

Un grito de angustia anunció la llegada de Arthur Sayers, que reconocía a la mujer desvanecida.

—¡Louise! ¡Louise!

—No se alarme, Sayers —resopló el autor—. No está herida. Tan sólo ha perdido el conocimiento.

Lord King transportó en sus brazos a Louise Sayers, cuyas dos manos Arthur Sayers apretaba ansiosamente.

La comitiva entró en el salón, donde Roy Cadger, profundamente arrellanado en un sillón, fumaba silenciosamente.

—Pero... ¡oiga! —fulminó Barkley—. Usted, ¿qué demonios es? ¿Qué hace aquí piernabierto? ¿No oyó disparos? ¿No oyó gritos?...

—Mi labor la verifico sentado. ¿La señora Sayers sufre algún daño?

Gracias a los solícitos cuidados de Beryl y Sayers, Louise iba reanimándose. La mayoría miraron irritados al detective, que continuaba fumando y mirando hacia el techo.

—¡Hable! —conminó Barkley.

—Celebro que deseen oírme. Déjeme contar —y el rechoncho original fue observando a los reunidos en el salón—. Faltan dos personas.

—¡Dorothy ha sido raptada! —gritó Barkley, excitado.

—Sólo en matemáticas el orden de los factores, no altera el producto. Aquí, sí. Primero: ¿quién disparó?

—Yo —y Randolph Barkley se tocó el pecho—. Y lo que siento es no haber dado en el blanco.

—A la hora gris que precede al amanecer, estoy siempre algo turbio. Mi cerebro no funciona con todos sus poderes. ¿Disparó contra quién, Barkley?

—Contra el hombre que violentamente se llevó en su coche a Dorothy Reylan.

—¿Dónde estaba ella y dónde estaba usted?

—Oí pasos en el jardín. Me asomé y vi a Louise Sayers paseando con la esposa del doctor. Me pareció imprudente...

—¿Por qué? Un paseo nocturno por los Jardines...

—¡¡Oiga, Cadger!! Su *pose* de original me horripila —bramó el autor, avanzando un paso—. Pierde usted el tiempo de una manera lamentable, mientras el asesino problemático en quién no creíamos, se lleva a Dorothy para matarla... y usted habla insensateces...

—Me atengo a lo que puedo hacer. No pensará que con mis piernas voy a dar alcance al coche, ¿no? Repito que no veo la imprudencia en el hecho de que la señora Reylan pasease por el jardín de su casa con una amiga, suya. Señora Sayers ¿me hace el favor? ¿Por qué paseaban por el jardín?

—Fue... ha sido horrible... —dijo ella, temblando, y apoyándose en su marido—. Dorothy me dijo que le dolía la cabeza, y un poco de aire le sentaría bien. Yo no quería que ella saliese al jardín, pero se rió de mis temores. Y... ¡la han raptado!

—¿Quién?

—¡A usted le pertenece averiguarlo! —exclamó Arthur Sayers—. No fatigue con sus imbecilidades a mi esposa.

—Fatigaré, pues, al señor Barkley. ¿Quién?

—¿Quién, qué?

—Présteme su vocabulario, «*Baby*» —y Cadger frotóse las manos con satisfacción—. ¡Diablos! ¿Quién va a ser? Pregunto al señor Barkley que contra, quién disparó.

—Contra... el hombre que a la fuerza se llevaba a Dorothy a su coche.

—¿Era...?

—¡¡Yo qué sé!! ¡¡Un hombre!!

—Deplorable conclusión —manifestó Cadger, y, encogiéndose de hombros, añadió—: Pueden irse todos, si así lo desean. El «asunto» Reyland ha terminado, y he de regresar a Nueva York...

Todos hablaron a la vez, mezclando exclamaciones de estupor y desconcierto. Fue Lord King quien resumió el sentir general.

—Señor Cadger, yo le conceptúo un hombre original, pero debemos tener en cuenta que sus originalidades están al servicio del Estado. ¿Cómo puede decir que se ha acabado su intervención, si es ahora cuando precisamente una realidad en la forma de un delito le permite acusar a alguien con certeza?

—Bien, bien. Reconozco que, en parte, ya que les molesté, debo desagraviarles saciando su curiosidad. Digo que el asunto ha terminado, porque no me incumbe a mí detener al asesino.

—¿Es a mí, entonces? —gritó Barkley, airado—. Diga mejor que está usted en la más profunda de las inopias y no sabe cómo salir del paso.

—Me dan pena todos ustedes, señoras y caballeros. ¿Es que no tienen un adarme de perspicacia? ¿Quiénes son las dos personas que faltan? Dorothy Reyland, que acaba de ser raptada, y el doctor Reyland..., que se la ha llevado.

—¡¡Monstruoso!! —clamó Arthur Sayers—. Desde su sillón acusa usted a quien no puede defenderse. Michael Reyland estará seguramente por algún sitio y vendrá...

—No creo que venga. Para el futuro, les recomiendo que ejerzan sus oídos. Hace una hora el doctor Reyland cogió su coche y se fue no sé dónde. El motor era identificable, para un experto como yo, que soy experto en muchas cosas. El mismo motor ha sido el que se ha llevado a Dorothy Reyland. ¿Debo aclararles más?

—Si usted sabía que era Reyland el que quería matar a su esposa, ¿por qué no le detuvo antes? —preguntó Barkley, nerviosamente.

Roy Cadger le miró amablemente, casi con simpatía.

—Oigamos a la gloria de nuestro teatro barato. ¿Está usted acusando al doctor Reyland? ¿Se basa en...?

—¡Salta a la vista! ¡Reyland estaba loco! Planeó todo eso porque su cerebro desquiciado imaginó un complicado ardid para matar a su propia esposa.

Richard Blunt levantóse, y, aunque cortésmente, en su voz alentaba cierta indignación.

—No permito que se acuse al señor doctor. Era un hombre incapaz de cometer una acción delictiva.

—¿Por qué ha dicho «era»? —inquirió Cadger.

—Porque... ¡no sé! Fue impensadamente. Si... fuera cierto lo que el señor Barkley dice y mi pobre señor estuviera loco...

—¡No razonen sin fundamento! Aunque el coche era el de Michael. Pero... —intervino Sayers—. Dan por cierto ¿era él quien conducía? ¿No pudo el verdadero criminal matarle a él y venir después a matar a su esposa secuestrándola?

—¡Bravo, bravo! —aplaudió Cadger—. Todos nos sentimos detectives, ¿eh? Una profesión fascinante, sí. Pero no apta para pobres seseras que se extravían en mil cábalas. ¿Mata alguien a la gallina que le pone huevos de oro? Y si el émbolo que movía el engranaje que fabricaba mensualmente cien mil dolares era Dorothy, ¿iban a suprimir el émbolo? La maquinaria no funcionaría. Conste que les explico todo esto porque estamos en la hora gris del amanecer cercano, y me entretiene verles divagar. ¿Cuál es su opinión, señor King? Confío en su sensatez.

—Mi opinión es que no la tengo. No es mi oficio investigar.

—Pero investiga falsificaciones. ¿No ha percibido cuántas, falsificaciones hay en el asunto Reyland desde su inicio? Préstense atención: yo les daré varios cubitos del rompecabezas. Principia la cosa con un lanzamiento de cloruro de etilo al rostro del doctor, según él cuenta, ya que no hubo testigos. Prosigue con una fantástica extirpación de cien mil dolares, sonsacados con amenaza pueril o profundamente sutil. Y termina con un secuestro verificado en el coche de los Reyland. Y aquí estamos todos, menos los dos Reyland. Deduzcan.

—Su manera de tomárselo todo como un pasatiempo o la resolución de un crucigrama, es inmoral.

—¿Sí, señor Barkley? Ha tardado usted en darse cuenta que, debido a lo mucho que he navegado entre inmoralidades, tengo cierta elasticidad en mi moral.

—¡Basta de divagaciones! —atajó Sayers—. ¿Se da cuenta, Cadger, que en esos momentos quizá, Dorothy Reyland está muerta?

—Quizá. ¿Y qué puedo yo hacer? Háganme caso. Vuelvan al «Montdor» o a sus alcobas y duerman hasta el mediodía. Lucirá entonces el sol y las mentes estarán despejadas.

—Yo voy a emplear su permiso, señor Cadger. ¿Vámonos, «Baby»?

«Baby» avanzó hasta colocarse en el centro de la reunión. Señaló a Roy Cadger, que la miraba complacido.

—Desde que terminó la cena hasta ahora hemos vivido... cómo los inquilinos de un manicomio, ¿no?

—Cierto —aprobó Cadger—. Estamos en una clínica psiquiátrica.

—Éste... este gordo... ¿quién nos garantiza que es Roy Cadger, el detective? ¿No puede ser un impostor?

—¡Magnífico!... —dijo Roy Cadger, observando el profundo silencio con que le miraban los demás—. Es una posibilidad que habría que estudiar. Yo ya la he estudiado, porque en mi lista de doce posibles culpables está también mi nombre. Soy muy meticuloso.

—¡Diablos! ¿No se dan cuenta que este hombre... tiene cosas de loco?

—Locura y genio se rozan, linda secretaria —aprobó Cadger—. Vean. Nuestra simpática amiguita establece otra hipótesis. ¿Comprenden ahora que mi profesión está llena de vericuetos peligrosos? Todos los pensamientos hay que ordenarlos y descartar los improbables. No, no es profesión para seseras como las de ustedes. Buenas noches, distinguido público. Quedan todos libres de hacer lo que mejor se les antoje.

—¡Usted nos acusó a todos! ¡Usted prodigó salivazos! Nos quedaremos aquí hasta ver claro, y oír sus excusas, Cadger.

—Como quiera, señor Barkley. Mañana, a la luz del sol, les aclararé sus dudas y pensaré, en la conveniencia o no de presentar excusas. Dígame, Blunt: ¿dónde hay una cama mullida para mí? Bastará que me despierten a las once, si antes no se presenta ninguna novedad importante. Buenas noches.

CAPÍTULO VIII

Reconciliaciones, cordialidad y la inesperada

Arthur Sayers contempló, profundamente chocado, como Roy Cadger salía del salón, desperezándose. Cogió del brazo a su esposa.

—Ven, Louise. Te conviene reponerte de la impresión. Dormirás un poco.

—Excúsenme —dijo ella a los demás, sonriendo tristemente—. En parte, me considero culpable de lo ocurrido, ya que no debería haber consentido en que Dorothy saliera al jardín.

—No pienses más en ello —dijo su esposo—. Buenas noches.

En la alcoba que antes Louise ocupaba con Dorothy Reylan, Arthur Sayers ayudó a su esposa a desnudarse, y con nueva solicitud la cubrió amorosamente con gestos levemente torpes. Alisó la colcha.

—He estado pensando, Louise, que últimamente mi comportamiento ha dejado mucho que desear. No sé si ha sido el efecto de esta noche inimaginable, pero saberte buena, paciente y bonita me hace considerarme el más feliz de los hombres... y también el más tonto, ya que estuve a punto de perderte.

—¿Perderme? ¿Qué quieres decir?

—Pudiste perder la paciencia. Y también pienso que el raptor pudo herirte. Al verte inanimada en los brazos de King, sentí de pronto todo el vacío que tu ausencia produciría en mi vida.

Ella asió una de las manos de su marido.

—Soy feliz, Arthur. Pero... pienso en Dorothy. ¡Pobre! Barkley tiene razón. El doctor está loco... Era él quien vino a raptar a Dorothy.

—Vamos, vamos, Louise. Un marido no rapta a su esposa. Sencillamente, estamos haciendo una tragedia de lo que debe tener una explicación natural. ¿Quién nos dice que Michael no ha venido a buscar a su esposa, para llevársela lejos de algún peligro?

—Ella se debatía... Yo me desmayé.

—Procura descansar ahora, Louise. Mañana ya saldremos de dudas.

Louise Sayers cerró los ojos, y Arthur Sayers volvió a ser el hombre atento que, sentado junto a la cama, velaba cariñosamente el sueño de la mujer que había salido, ganando una reconciliación como resultado de aquella noche incongruente.

* * *

Lord King pisó el acelerador, mientras «*Baby*», sentada a su lado, estaba buscando una fórmula respetuosa para manifestar su desaprobación.

—Habla, muñeca. Tienes la frente arrugada, y los labios prietos. ¿Meditas en la posibilidad de que Cadger sea un impostor o un loco? No lo creas. Roy Cadger, de todo nosotros, es el único que sabe la verdad del asunto Reyland.

—Yo... medito, patrón, que ha sido usted cruel. Me llevó a comer tarta, que resultó amarguísima. Y cuando la tarta está para comerla, usted me coge de la mano y me dice: «Vámonos, no te indigestes».

—Quieres indicarme que, al no permitirme saciar tu curiosidad, te he privado de enterarte del final de esa intriga desconcertante. Ahora vamos al «Montdor» porque era preciso, «*Baby*». Pero mañana por la mañana Roy Cadger hablará y nosotros le escucharemos.

—¿Puedo investigar, patrón, porque vamos al «Montdor»? Es la hora gris cercana al amanecer, como dice el gordo malévolo, y podíamos habernos quedado cómo los demás en la clínica.

—¿Te ha sido simpática Beryl Ames?

—¡Vaya! ¡También usted le ha cogido gusto al estilo Cadger! Cuando estudié francés en el método Ollendorff, me hacía mucha gracia aquello de: «¿Tiene usted el paraguas de mi abuela?». «No. Pero mire qué bello lapicero me ha dado mi tío». Entonces me

reía... pero es que no conocía aún a Cadger. ¿Por qué me pregunta por Beryl?

—Contéstame, «Baby». Nos acercamos ya al hotel. ¿Te es simpática Beryl? Noté que os tuteabais...

—Sí. Y aunque usted me regañe, le diré que la chica hace muy bien en hacerles pagar a los hombres la canallada del primero al que amó. Sepa que su madre murió..., que ella sufrió... y, ¡diablos!, ¡hace bien! Yo, si fuera ella, aun haría más estropicios. En definitiva, ¿qué crímenes ha cometido? ¿Que los hombres se arruinan por ella? Señal de que tenían dinero y no sabían qué hacer con él. ¿Que hace cotizar las promesas de matrimonio? Porque ellos quieren engañarla. ¿Que... su amigo de usted se suicidó por ella? ¡Estaría bonito! Entonces, si un hombre me aparece diciéndome: «Chica, cástate conmigo o me hago saltar el polvorín», ¿debo yo silbar *La marcha nupcial* a todo tren?

—Beryl no sabe que tiene en ti a una calurosa defensora.

—Lo siento, patrón. Pero yo... pues cuando siento algo, lo siento. Quiero decir que si a usted ella le es antipática, yo debería decir que sí, que también me es antipática. Es mi deber de secretaria, ¿no? Porque si persisto en llevarle la contraria a usted, peligra mi cargo.

—Al contrario. Seguirás siendo, mi secretaria porque no vacilas en llevarme la contraria. Aunque en este caso coincidimos. Sí, coincidimos. Vamos al «Montdor» para efectuar un gesto cordial. Tú y yo entraremos en la alcoba de Beryl Ames. Tenemos que entrar los dos, porque si me encontrasen sólo podrían extrañarse... Juntos podemos decir que la buscamos..., aunque sepamos que está en la clínica.

«Baby», mientras Lord King frenaba en los jardines del hotel, rió alegremente. Dibujó con las manos en el aire una figura alargada.

—¿El vasito ese? Patrón, es usted encantador. Tiene gestos de esos que... ¿cómo diría yo?... me recuerdan las novelas de Alejandro Dumas. El mosquetero doblando la rodilla ante la humilde mocita y diciéndole: «Por vos, hermosa señora, juro no beber ya más vinazo».

Lord King bajó del «Auburn» y estremeciósse.

—Hace fresco, ¿verdad, patrón?

—No, no. Me he estremecido, «Baby», porque sueltas a veces

unas vulgaridades que escalofrían. Felizmente, tu corazón es del más puro material elegante. No es culpa tuya si oíste hablar a muchos cargadores del puerto.

El pasillo que conducía a la alcoba de Beryl Ames estaba desierto. «*Baby*» abrió la puerta y encendió la luz. Mostró a Lord King un retrato de Beryl Ames que la representaba en patética actitud dolorosa.

—Cordialidad, ¿no, patrón? ¿Dónde... deposito el dichoso vaso de marra?

—Deja que mis manos enguantadas simbolicen mi arrepentimiento... y la seguridad de que no dejan huellas dactilares.

—Prosaico, prosaico —dijo, regocijada, «*Baby*», mientras él colocaba el artístico vaso de Cellini frente al retrato. Dáme tu lápiz de labios, «*Baby*». No, hay que recordar que se analizan, también los carmines. Aquel servirá por cien: es el de Beryl.

Minutos después, «*Baby*» leía la dedicatoria que Lord King acababa de escribir al pie del retrato:

«Un admirador más presenta sus excusas. —“Audax”».

—Hace bonito —comentó «*Baby*». El color rojo es un color cordial...

—Sí; como, el del «vinazo» a que antes aludías. Vámonos, «*Baby*».

Ella, extrañada, vio como Lord King se dirigía de nuevo al exterior.

—¿Hay más vasos qué repartir, patrón?

—No. Pienso citar tu impenitente curiosidad, alegando que si volvemos de nuevo a la clínica es porque a medio camino me hiciste comprender que Roy Cadger me tiene que presentar excusas por haberme tildado de ladrón.

* * *

Andrew Mirsa había encontrado un medio para abreviar los instantes que quedaban para que amaneciera. Solo, en un saloncito-estudio, tecleaba improvisaciones, cambiando los ritmos de sus

melodías...

Pasó abruptamente de un compás de *vals* a unas escalas de metálicas resonancias estridentes, cuando vio la imagen de Beryl Ames apoyada sobre el piano y mirándole sonriente.

—¿Inspiración, Andrew?

—Acertaste. ¿No oyes? Es la serenata de Nueva York. Chirrían las grúas, la gente se agita corriendo en todas direcciones. Fiebre de trabajo, fiebre de dinero... Dinero, dinero... ¿Lo oyes caer en cascadas? Y escucha ahora —continuó hablando sin mirarla y cambiando el ritmo, que se hizo pegajoso, suave— el canto de la sirena. Es morena, alta, y plasma todo el encanto de «la bella sin alma». Dinero, dinero otra vez...

Ella desgranó su risa melodiosa, y colocó su diestra en el hombro del pianista, que siguió tecleando.

—Tu tierra, es la de los zíngaros, Andrew. Música loca que estruja el alma. Porque tengo alma, señor Mirsa. Aunque uno de tus semejantes quiso dejarla insensible para siempre... Y en esta noche Roy Cadger ha verificado un milagro, porque me ha dado una lección práctica. ¿Te diste cuenta de que acusó a muchos inocentes de algo que no sabemos qué es ni quién lo ha hecho, pero que no ha sido ninguno de nosotros? Y he sacado una conclusión: no debéis vosotros pagar las culpas del que me... quitó toda esperanza en hallar cariño leal en un hombre.

Andrew Mirsa ejecutó un *fox* lento, pisando el pedal de sordina.

—Eran cincuenta mil dolares, Andrew, los que te iba a costar el haberme escrito cartas de amor. Telefonaré a mi abogado que presente mi renuncia a seguir el expediente contra ti, y que rompa las cartas. Son mucho cincuenta mil dolares para un artista como tú.

Andrew Mirsa miró ahora a la actriz. Sonrió.

—Gracias, Beryl. Es cordial tu gestó... y porque en el fondo yo merecía un castigo. Siendo casado, te hablé de matrimonio... Pero... ¿pude evitar, él enamorarme de ti? Eres tan bonita, que...

—Tu música es bonita, Andrew... Cuando quieras a alguna norteamericana, cerciórate primero si no buscará tu carnet de cheques... Y no le escribas cartas de amor... Basta con que te sientes en un piano. Somos muy sensibles al sortilegio musical. Y un último consejo cordial, Andrew: no engañes más y no te engañarán. Si eres un hombre casado, confíesalo... Hay mujeres... que pueden

admitir el amor de esta clase. Yo, no, porque no admito ninguna clase de amores. Sigue, Andrew, sigue tocando la serenata de Nueva York.

La mano izquierda del húngaro desgranó una escala cromática de alegre resonancia. Su diestra cogió la de Beryl, que besó.

—En esta hora gris, Beryl, hay matices de arco iris. ¿Qué nos importan a nosotros Dorothy Reylan y su esposo? Yo seguiré vertiendo en unas teclas mi desazón íntima... y tú seguirás enamorando, insensible al parecer... y ¡nadie oirá las melodías de tú corazón!

Beryl Ames Salió al jardín. Paseó pensativa hasta que una voz a sus espaldas advirtió:

—Como propaganda no estaría mal tu rapto, Beryl. Pero a mí me apenaría...

—Tus penas, por lo visto, se traducen en disparos a lo *cow-boy*

. Me has desconcertado, Randolph. Nunca supuse que sabías emplear armas de fuego.

—Naturalmente que no sé. Si hubiese sabido, el raptor no habría conseguido su propósito. Pero olvidemos eso, Beryl. ¿Qué nos importa a nosotros lo que les ocurra a los Reylan?

—Acaba de decirme lo mismo otro hombre. ¡Qué egoístas sois! Aunque pueda ser un barniz superficial. Tú disparaste románticamente y torpemente en gesto de Quijote.

—¡Beryl! —imploró él en voz baja—. Tú sabes... No tengo que decírtelo... Sabes qué yo...

—No quiero saberlo, Randolph. Aprecio tu habilidad de autor, y tengo por ti afecto de amistad, porque eres irascible, gruñón y vanidoso, pero hay mucha bondad en tu interior aunque coloques un telón delante.

—Déjame que...

—No estropees nuestra amistad, Randolph. Las declaraciones de amor no son tu género habitual. Recuerda que la primera comedia que me presentaste era, un conflicto sentimental y no tenía maestría.

—¡Eres insensible! ¡Claro que te comprendo! ¡Soy pobre... y por añadidura soy pequeño!... Tragedia del hombre que debe pensar que el valor se mide por la altura.

—¿Ves como no tienes maestría en el arte de los conflictos sentimentales? Has sido ridículo. ¿Qué tendrá que ver tu estatura, Randolph? Napoleón...

—¡Napoleón me tiene sin cuidado! No empleemos frases manidas ni conceptos de clínica psiquiátrica. En resumen: ¿quieres o no casarte conmigo?

Beryl Ames sonrió, apoyando su mano en el brazo del autor.

—¿Llevas la pistola encima? Tu declaración tiene atisbos de atraco furioso. No puedo complacerte, Randolph. Mentir cariño en la escena es fácil. En la vida, no lo quiero. Yo sólo podría darte afecto, amistad...

—¡No te pido más, Beryl! Abandona el teatro. Vive para mí solo.

—¿Tan rico eres, que te atreves a sostener mi lujosa rapacidad de buscadora de oro?

—No te burles, Beryl. ¿No oíste decir que soy avaro? Desdé que te conocí aprendí la virtud del ahorro... Tengo cuatrocientos mil dolares en el banco.

—¡Eres un Creso! ¿Cuatrocientos mil dolares?... Suerte que Cadger no te ha oído.

—¡Al infierno Cadger! Cuando me enamoré de ti, Beryl, decidí vivir como un anacoreta y abandonar mi vida de bohemio sin brújula. Ahorraba sólo para poder ofrecerte una existencia de acuerdo a tu modo de ser. No hay romanticismo en mis palabras..., porque no sé pulsar la lira sentimental. Tú misma me lo has recordado. Pero... dentro, muy adentro, una voz lleva meses y meses torturándome, repitiendo tu nombre...

—Me quedo con tu última frase, Randolph. ¿Me dejas pensar durante unos días en la posibilidad de tenerte por marido?

Randolph Barkley apoyó sus dos manos en los hombros de la actriz.

—Permíteme que me sostenga en ti, Beryl. Yo no sabía que una repentina felicidad inenarrable puede hacer que uno se desmaye como una partiquina sin papel. Amanece, Beryl. Contigo... el mundo entero aplaudirá mis futuras obras, porque las inspirará un calor de humanidad cordial. ¿Me detendrá Cadger? Lo digo porque si me ve rebosando satisfacción, sospechará...

—Es una de mis inquietudes, Randolph. ¿A quién detendrá Cadger?

Roy Cadger sorbió con ruidosa fruición su café con leche, mientras el reloj del vestíbulo lanzaba once campanadas.

Estaba solo en el comedor particular del doctor Reyland, y miró por la ventana que daba al jardín. Reunidos en la terraza, estaban todos los componentes de la cena del lunes..., menos los dos anfitriones.

—Influjo del sol. Todos parecen alegres —comentó Cadger, ceñudo, levantándose—. ¡Estúpida humanidad! Por la noche, porque hay obscuridad, el ambiente es propicio al gesto sombrío. Ahora, porque en el jardín luce el sol, se sienten cordiales y reconciliados entre ellos.

La aparición de Roy Cadger ante los reunidos tuvo una semejanza con la de las nubes que velan la luz del sol.

—Buenos días, distinguido público. Creo que deberíamos dar cuenta de la desaparición del matrimonio Reyland.

—Pero... ¿no avisó usted? —quejóse Barkley casi con la paternal bondad de un maestro reprochando a un discípulo travieso—. Si es el ABC de su oficio, Cadger. En fin, siga exhibiendo su táctica. Me servirá para un personaje en mi próxima obra.

—Le percibo muy amable, Barkley. Tengan un poco más de paciencia. Si no fallan mis premisas cerebrales, pronto tendremos, de dos noticias, una: o los esposos Reyland están en el Canadá, o Dorothy Reyland ha muerto asesinada. Esperemos que sea la primera posibilidad. El teléfono, Blunt. ¿Ha olvidado que es el secretario del doctor Reyland?

Richard Blunt reapareció, anunciando que llamaban desde el «Montdor» a la actriz. Y poco después Beryl Ames regresaba y, sentándose de nuevo, expresaba un sincero desconcierto:

—Someto a su juicio un nuevo misterio, Cadger. Acaban de comunicarme que la doncella ha notado, al arreglar mi alcoba, un detalle que antes no existía. Parece ser que en una fotografía mía hay una frase escrita con lápiz de labios. No es ninguna amenaza, no, Randolph. Es algo incomprensible. Dice: «Un admirador más presenta sus excusas».

—¿Y quién firma? —preguntó Cadger.

—No hay firma —dijo Beryl, después de una corta vacilación—.

Un misterio sin importancia..., pero, al fin y al cabo, otro misterio más.

Louise Sayers prorrumpió en un agudo chillido que: electrizó a los reunidos. Temblorosa, señaló una alameda del jardín...

Todos miraron hacia donde ella señalaba...

Dorothy Reylan, sola, se dirigía hacia los reunidos. Sonreía con expresión alegre...

CAPÍTULO IX

Roy Cadger divaga

Dorothy Reyland se detuvo delante de los reunidos y su sonrisa era lo que más asombraba. Pero a Lord King lo que le asombraba era ver en el rostro de Roy Cadger, el hombre inmutable, una cierta desazón, como si algo inexplicable le desconcertara.

—Amigos míos —dijo Dorothy Reyland—, tengo que pedirles perdón por mi extraña conducta. Indirectamente, yo soy la responsable de la noche ingrata y molesta que en mi casa han pasado... Y, sin embargo, aparezco delante de ustedes sonriendo contenta.

—Sí; como una colegiala que vuelva de recitar poesías. Dígame, señora Reyland: ¿puedo, saber por qué se negaba a seguir al doctor Reyland cuando esta noche se la llevó algo violentamente?

—No hubo violencia, Cadger. Lo ocurrido es muy sencillo. En la penumbra no reconocí a Michael; por esto me resistía.

—Agradezca entonces la ineficacia del pulso del señor Barkley, que es incapaz de atinarle a un elefante inmóvil a dos pasos de distancia. ¿Tiene la bondad de contarme todo lo ocurrido? Confieso avergonzado que me abrumba su presencia, que destruye mis hipótesis. Su regreso echa por el suelo todos mis cálculos.

—Lo lamento —dijo ella, sonriendo jovialmente—. Comprendo, que lo leal hubiera sido que, para ajustarme a sus cálculos, yo hubiese muerto violentamente, ¿no?

—Exacto, señora. Pero no divaguemos. ¿Quiere contarme «ce» por «be» cuanto ha sucedido desde que se fue hasta ahora?

—Cuándo reconocí a Michael fue ya junto al coche. Me hizo

entrar y, conduciendo a una velocidad endiablada, me dijo que había hallado la solución a nuestro problema: huir. Dice que: en Europa, en un rincón ignorado, volveremos, a ser felices, lejos de esta amenaza incomprensible. Quiso apartarme de la atmósfera opresiva de la clínica...

—Entonces, ¿por qué ha vuelto usted?

—¡No interrumpa, Cadger! —ordenó Barkley—. ¡Usted ya no tiene ninguna autoridad! Es, simplemente, un invitado que debe escuchar respetuosamente lo que la señora Reyland tiene la bondad de explicarnos para disipar nuestra inquietud.

—Bien, bien —dijo Cadger—. Continúe, señora Reyland disipando nuestra inquietud de invitados.

—Gracias por su intervención, señor Barkley. Ha colocado usted en su lugar apropiado al señor. Cadger. Como decía, Michael vino a buscarme para explicarme su resolución y conducirme a un hotel durante el resto de la noche. Estuvimos en el «Alsdorff» hasta las diez de la mañana, y el gerente se encargó de pedir dos pasajes, encargándolos telefónicamente a la «Transocean». Michael se ha quedado en el «Alsdorff» esperándome. Yo he venido a recoger mis pequeñas bagatelas, esas cosas de las que ninguna mujer puede separarse.

—¿Por qué no la acompañó el doctor? Soy simplemente un invitado, como ha recordado el señor Barkley, y por esto mismo quiero manifestar mi pesar de no despedirme del doctor.

—Me dijo Michael que le resultaría violento verse ante ustedes, por qué cree... no sé cómo decirlo...

—¿La ayudo, señora? —propuso Cadger—. El doctor Michael Reyland tiene la convicción que le conceptuamos loco de remate, ¿no?

—Más o menos, sí. Pero yo sé muy bien que Michael no tiene más que un exceso de *surmenage*. En Europa se repondrá...

—¡No te vayas con él! —estalló Louise.

Dorothy Reyland miró con extrañeza a su amiga.

—No te entiendo, Louise. ¿Qué quieres decir?

—Tengo... tengo que confesarte que tu marido está loco, Dorothy. Perdóname el dolor que te causo, pero es él quien ha inventado lo del chantaje y todo lo demás.

—¡No es cierto! —protestó ella, indignada—. No es cierto.

¿Verdad Cadger? —suplicó ansiosamente.

—Yo soy un invitado, señora.

—No sea inmoral, Cadger —protestó Barkley con calor—. Es su deber tranquilizar a la señora Reyland. Debe usted disipar sus dudas. Debe ya terminar con esta actitud, que más parece la de un desquiciado, que la de un experto investigador.

—El moralista censor, en ese caso el señor Barkley, se indigna y me llama desquiciado. Pero veamos, imparcialmente: ¿no es el mundo entero un conjunto de desquiciados? ¿No flota un desequilibrio en el ambiente universal? Me llama inmoral. ¿No es el mundo entero una monstruosa película inmoral?

—No divague, no divague —conminó Barkley—. Dígale a la señora Reyland que no debe regresar junto a su marido..., porque, más tarde o más temprano, la matará en un acceso de locura.

Dorothy Reyland contrajo el rostro en un espasmo de repentina aflicción. Louise Sayers corrió hacia ella y, enlazándola por los hombros, desaparecieron ambas mujeres hacia la mansión.

—Ya no tengo por qué decírselo, puesto que se ha ido —comentó Cadger—. Sentimentalismo, materialismo... Dense cuenta de algo que es real y cierto. Todo pretende arreglarse empleando fórmulas que terminan en «ismo». Y el único «ismo» es un atroz y descarnado egoísmo que...

—¡Oiga, Cadger! Usted es un asno estúpido que divaga sin sentido.

—Cierto, Barkley. Divago sin sentido, pero al menos yo no relleno cuartillas con mis divagaciones. Podría decir, que los males del Universo tienen, una fácil solución. Bastaría con que todos dijeran siempre la verdad: gobernantes, periódicos... sospechosos. El mundo sería un paraíso, si nadie mintiera.

—Con ese programita, señor sacamuelas, ¿por qué no presenta su candidatura al gobierno del Universo?

—Vaya, la señorita secretaria desea entrar en el debate.

—No divague más, Cadger —intervino Sayers—. Debe ahora presentarnos excusas por su comportamiento de anoche. Si sabía que todo eso era una farsa inventada por Michael, ¿por qué nos mantuvo en el candelero de sus calumnias? ¿Por qué nos fue catalogando como sospechosos?

—Mejor será que siga yo divagando, Sayers, ¿no? ¿Prefiere mis

excusas? Procuraré dárselas... Aludí anoche a sus dispendiosos derroches. Podría haber aclarado que, según mis fichas, era usted uno de los cabecillas del «mercado negro». ¿Se sonroja? No tema; yo no soy un polizonte. Yo soy un puro *diletante* de la investigación. ¿Continúo divagando o específico en qué clase de «mercado negro» obtiene usted sus beneficios?

Rígido, Arthur Sayers se levantó y, atravesando el jardín, se dirigió a la casa.

—En definitiva, Cadger —declaró Barkley, impaciente—. Está ya claro que Michael sufre de locura y que...

—Nada hay de claro. Todo sigue confuso para pobres seseras como la suya, Barkley. ¿No se da cuenta de una contradicción? Si el doctor se sentía descubierto y rapta a su mujer para matarla, ¿por qué no la mata? Pero yo soy un invitado, ¿no? Déjenme, pues, tranquilo en mi sillón, y no me interroguen. No protesten ni me insulten. Estoy trabajando y no puedo escucharles. Váyanse o quédense, pero olvídense de mí.

—¡Queda usted olvidado! —barbotó «*Baby*», furiosa—. Pero... pero algún día, cuando tenga ocasión, le... lo que sea, ¡enredador malévolo!

Roy Cadger miraba al cielo y sonreía tenuemente.

* * *

Beryl Ames entró apresuradamente en su alcoba y se detuvo ante la fotografía. Leyó la dedicatoria, y su diestra acarició la joya de orfebrería recuperada.

Poco después arrancó la página del guión teatral en la que aparecía escrita la palabra «Audax». Cogió unas tijeras y recortó de la fotografía la misma palabra.

Colocaba la fotografía recortada en un compartimiento de su maletín-*necesser*, cuando llamaron a la puerta.

—Adelante.

Roy Cadger entró, andando pausadamente.

—He pensado que quizá yo podría ayudarla a resolver su pequeño misterio.

—¿Qué misterio? Por todas partes ve usted tenebrosas maquinaciones, Cadger.

—Esta mañana la telefonearon que un extraño admirador había usado su carmín de labios para manifestarle hondamente su arrebató pasional en vívidos colores gráficos.

—Quemé la fotografía. Aborrezco los admiradores anónimos que usan mis estuches de maquillaje, ensuciando mis lápices.

—Bonito objeto —y Cadger señaló el vaso de Cellini—. Yo no entiendo de valiosas antigüedades. ¿Es la copia del que le robaron?

—Es el legítimo. Nunca me lo robaron.

—¡Ah! ¿También usted miente?

—Cadger, ¿me quiere hacer el favor de dejarme en paz? ¿Por qué razón habría yo de mentirle?

—No; a mí no —rectificó Cadger, mirando a la actriz y sonriendo amablemente irónico—. Nos mintió seguramente en un juego social, al referirse anoche que había sido víctima de un robo original. Ya ve: tiene usted tanta maestría interpretativa, que yo la creí. Pero a veces soy tonto, ¿sabe? Además, soy un invitado. Extraño. Más carmín de labios repartido por sitios inoportunos.

Cogió la página arrugada que había sido arrancada del guión.

—¿«Audax»? —leyó—. ¿Es el título de la obra? Curioso...

Sonaron en la puerta los repiqueteos impacientes de unos nudillos, y Richard Blunt, descompuesto, entró violentamente.

—¡Le buscaba, Cadger! ¡Acaban de traer a la clínica el cadáver del doctor! Se ha suicidado...

* * *

En el coche de Beryl Ames, conducido por la propia actriz, Roy Cadger, sentado junto a ella, volvióse sobre el respaldo para mirar al abatido secretario, que ocupaba el asiento posterior.

—Relate con más coherencia, Blunt. Comprendo su sentimiento, pero, necesito saber cómo y quién trajo al doctor.

—Una ambulancia. Del hotel «Alsdorff». Acompañaba al cadáver el médico del hotel, qué, sin lugar a dudas, ha certificado el suicidio. Parece ser que mi pobre señor, cuando despidió a la señora, le dijo al gerente que él subía a la habitación a recoger unas cosas. Desde su habitación llamó al médico del hotel, y, cuando éste entró, delante de él, y sin qué pudiera impedirselo, se disparó un tiro en la sien. Locura... ¡Pobre doctor!... Un hombre bueno...

generoso...

—Cierto que es lástima —opinó Beryl—. Ahora ya comprendo lo ocurrido. Se llevó a Dorothy para matarla, pero, en su locura, cambió de pensamiento. Fingió que se irían, a Europa... y dentro de su locura el amor venció. La dejó marchar y se mató... para no matarla...

—No siga representando los folletines de Barkley —dijo Cadger mirando de soslayo a la actriz—. Está ya creando truculencias amorosas.

—¿No es lógico lo que yo supongo?

—Sólo hay de lógico la verdad de que el doctor se mató para no matarla.

—Pero... ¡si es lo mismo que yo he dicho!

—Sí, sí. Pero hay una diferencia muy grande entre las premisas que a usted la llevan a esta conclusión, que coincide con la mía, y no coinciden con mis premisas de arranque. Reyland sólo se ha suicidado materialmente: pero sigue habiendo entre los once que fuimos invitados a su cena del lunes un asesino. ¡Acelere! Acaba usted de quitar el pie del pedal...

—Es que... Oiga, Cadger: ¿por qué no escribe para mí una obra? Con sus golpes de teatro tendríamos un lleno asegurado.

—Me produce más emoción ganar dinero viendo actuar a los que no son actores en la farsa diaria sin candilejas. Siento decirle que se va a llevar un disgusto, Miss Ames, cuando yo señalé a la persona culpable de la muerte del doctor Reyland. ¡Acelere! ¿O es que no quiere ver el cadáver? ¿O teme por su autor? ¿O... por su pianista?

—Le temo a usted, Cadger. Es hasta capaz de detenerme a mí.

—Ahora no me convendría. Porque... está usted conduciendo. Vaya, ya hemos llegado sin contratiempos. Lamento que esa tragedia haya finalizado con la muerte del inocente.

* * *

Oíanse los sollozos de Dorothy Reyland, a la que intentaba vanamente apaciguar Louise Sayers.

En una esquina de la sala, Lord King, Sandy Duffer y «Baby» guardaban silencio.

Un desconocido avanzó hacia los recién llegados, y, al hacerlo, quedó al descubierto la camilla en la que Michael Reyland dormía su último sueño.

—Soy Brian Cramer, el médico del «Alsdorff». Buenas tardes, señor Cadger. He tenido que cumplir el triste deber de acompañar hasta aquí el cuerpo de mi infortunado colega. He certificado su muerte por suicidio. Atribuyo las causas a un momentáneo acceso de desequilibrio mental. El doctor Reyland me llamó instantes antes de suicidarse y...

—Perdone, doctor —rogó Cadger—. ¿Quiere acompañarme? Deseo preguntarle algo a solas.

Extrañado, obedeció el médico del «Alsdorff». Ya en la terraza del pórtico, Cadger aclaró:

—Lo que le dijo Michael Reyland, se lo diría privadamente, y, por tanto, no era preciso que los demás le oyeran, puesto que se lo dijo a usted solo.

—No me dijo nada. Me entregó esta carta, e inmediatamente, sin que yo pudiera ni preverlo ni evitarlo, se levantó la tapa de los sesos. Ésa es la carta. Tendió un sobre cerrado y lacrado cuidadosamente, que llevaba escrito, en letra grande: «CONFIDENCIAL». «Estrictamente personal. Entregar al señor Roy Cadger».

Roy Cadger, sin abrirlo, colocó el sobre en su bolsillo. Cogió del brazo al médico.

—Ha certificado usted suicidio, y, sin embargo, es un asesinato.

—¡No sea absurdo! —protestó el médico, siguiendo los pasos del detective—. ¡Si se disparó a la sien delante mío!

—Y eso ¿qué tiene, que, ver? —dijo Cadger con impaciencia—. La pistola se dispara... pero siempre hay un impulso moral que es el responsable.

En la sala, junto a la camilla, Dorothy Reyland sollozaba desconsoladamente. Roy Cadger contempló disgustado a la mujer arrodillada.



—Soy Brian Cramer, el médico del "Alsdorff".

—Sollozos exteriores —dijo secamente—. Sigue la farsa. Dentro de esta mujer, imagen viva del dolor, hay mudas carcajadas de diablesa. Y yo siento ganas de llorar porque no la puedo acompañar a la silla eléctrica. ¡Maldita sea usted, Dorothy Reyland!

CAPÍTULO X

Roy Cadger se despide...

La declaración inesperada y casi monstruosa de Roy Cadger surtió efectos dispares, aunque coincidentes, en horrorizada sorpresa.

Sandy Duffer abalanzóse como un torbellino muscular, contra el detective, asestándole un escalofriante derechazo.

Fue ridícula la elasticidad con la qué, semejante a una pelota de goma botando, Roy Cadger no sólo esquivó el doble ataque, sino que, a la justa distancia y con hábil contundencia. Aplicó su puño izquierdo en la sien del atlético nadador, y a la vez conectó estrepitosamente su codo, derecho contra la mandíbula de Sandy Duffer, que se desplomó pesadamente.

Dorothy Reyland, que, levantándose, se dirigía airada hacia, el detective, fue sujeta por Beryl Ames y el médico del «Alsdorff».

—Calma, calma —aconsejó Roy Cadger, sentándose y lamiéndose los nudillos de su puño izquierdo—. Se han acabado las contemplaciones que hasta ahora les he tenido. Señor King, ¿tiene la bondad de colocarse junto a Duffer? Cuando despierte, que no se mueva, porque lo esposaría. Y siento no poderlo hacer, ya que él es un instigador indirecto de la muerte de Reyland. Atienda a Dorothy, doctor. Si le diera un ataque de nervios, quizá tendría yo qué calmarla usando el mismo procedimiento que he empleado con Duffer, y creo que haría un efecto deplorable. Dorothy Reyland: la acuso del asesinato de su esposo el doctor Reyland.

—¡Pero si yo...! —empezó a decir el médico del «Alsdorff».

—Aquí el único que habla soy yo, porque soy el único que sabe de lo que habla. ¡Dorothy! Me asquea usted, pero la felicito por su

ingeniosa y diabólica creación para liberarse de Reylan y casarse con Sandy Duffer. Ha creado usted un nuevo delito, tan especial, que la ley no tiene formulado ningún castigo para ese crimen. El crimen de ir induciendo en un hombre la idea de que está loco, con cautela, casi con cariño aparenté. Es una trama tan sutil, tan especialmente truculenta y distinguida, que casi es digna del cerebro de Barkley. Aunque el inspirador ha sido ese guapo atleta.

—¿Sandy Duffer? ¿Esa estatua de carne bien repartida, pero sin sesos? —extrañóse Barkley, interesadísimo.

—La injurió simbólicamente, porque Dorothy, enamorada de él, quería desembarazarse del doctor.

—Pero ¿para qué inventar tantas complicaciones? Le hubiese bastado con pedir el divorcio.

—El doctor la amaba demasiado para consentir que ella se separase de él.

—¡No le crean! ¡Es un monstruo que emite cábalas sin fundamento!

—¡Cállese, Dorothy! —atajó Cadger secamente—. Usted sabe muy bien que es cierto cuanto digo y voy a decir. Lo que ocurre es que no soy un hombre vulgar. Soy un supertalento, y mi método de trabajo inspira poca fe a los que sólo se guían por las apariencias. Soy gordo, anodino y mal educado. Trabajo hundido en un sillón y creando un *clímax* agobiante de opresión angustiosa. Acuso a diestro y siniestro, porque en todo ser humano hay un criminal en embrión, y yo me procuro las certidumbres acusatorias contra ese embrión. Las actitudes y las palabras de los que me oyen forman una clave que sólo yo sé ver; y que constituyen una pieza de música especial, donde percibo las notas falsas. Las coordino y encajo en su lugar apropiado, mientras sigo ensordeciendo al personaje que estudio. Lo ensordezco con fuegos de artificio, destinados a los demás. La primera nota falsa en toda la composición era el compás inicial: la extraña amenaza increíble contra Dorothy.

—Pero... ¿por qué nos atosigó a todos nosotros con acusaciones, si sospechaba ya concretamente de alguien?

—No me interrumpa de nuevo, Barkley. Su voz no me es agradable.

—¡Pero es que nos ofendió!

—Ustedes fueron los que me ofendieron. Sí; riéndose de mí al

principio. Muy a lo «alta sociedad»; finamente, con hiriente mofa contra el gordo vanidoso que me suponían ser. Me insultaron, y, sin embargo, casi todos son criminales en embrión. ¡A callar, que hablo yo! Un cocainómano que bajo los efectos de la droga o necesiéndola podrá matar... un «estraperlista» que se hartará de su esposa o esta que se hartará de sus infidelidades... La actriz que si sufre un nuevo desengaño amoroso podrá matar... Pero es a usted, Dorothy, a quien tengo que dedicar mi atención. Voy a presentarle mis cargos.

Roy Cadger seguía siendo un rechoncho individuo de voz casi meliflua, pero alentaba en él una tajante energía.

—La primera nota falsa que emitió Dorothy fue su alusión de muy mal gusto acerca de si los criados creían loco al doctor. Ella es distinguida. No estaba ante íntimos. ¿Por qué exponer esta interioridad hogareña? La segunda nota falsa es cuando, al aparecer el pistolero llamado por ella para que viéramos palpablemente la actitud incongruente de su esposo, no se comporta como la esposa amante que finge ser. En vez de aplacarle, le pide ante nosotros «mesura» y le mira angustiada. Nos hace resaltar que considera a su marido un pobre loco, por cuya salud teme. Lo hace sin palabras.

—¡Todo eso son divagaciones!... —protestó Dorothy, pálida y convulsa.

—Puntualicemos. Yo estoy hasta ahora exhibiendo mi trabajo cerebral. Ahora exhibiré el rutinario. Tengo sabuesos a los que lanzo sobre las pistas que yo percibo. ¿Cómo empezó el asunto? Con un lanzamiento de cloruro de etilo al rostro de Reyland. Droga difícil de obtener. ¿Cuál fue el complejo de obsesión del doctor Reyland? Que mató, a Van Dorn operándolo. Mis sabuesos han sonsacado de varios enfermeros la noticia de que la herida de Van Dorn se infectó. Ahondando, han averiguado que Dorothy les rogó silenciar el hecho. ¿Por qué? Ella misma había infectado las gasas que se aplicaron en la nuca operada de Van Dorn. Y ella misma también proporcionó el cloruro al desconocido comparsa pistolero... que ya es conocido, porque mis sabuesos le han dado caza, guiándose por las direcciones, a las que remitía Reyland los cien mil dólares.

—Dorothy es rica...

—Por eso mismo, Barkley. Creado el chantaje, y siendo ella la amenazada, nadie podría sospechar de ella. La mayor discordancia

en las notas falsas de Dorothy fue que no reaccionó lógicamente cuando delante de todos nosotros parecía ser una esposa que de pronto averiguaba la extraña amenaza que la rondaba. ¿No era lo lógico que se riera? ¿No era lo lógico que aquietara a su marido afirmándole que era del todo imposible que él pudiera matarla? En vez de hacerlo así, sollozó, alimentando la angustia de Reyln, en quien afianzaba aun más el crédito a una patraña tan absurda.

—Si es tan absurda, ¿por qué antes la calificó de sutil?

—No aprenderá nunca a callarse, Barkley. La calificó de absurda e infantil, pero también de ingeniosa. Si, esas tres cualidades las mezcló Dorothy, formando la trama ideada para hacer desconfiar del propio Reyln cuando éste me contara su chantaje. Yo tenía que creer forzosamente, o que era un loco, o que era un simulador, que preparaba un asesinato, y ése era el fin que ella perseguía. Y si yo no intervengo, seguramente ayer noche habría disparado contra su esposo, pretendiendo que él, en un acceso de locura, intentó matarla. Nosotros habríamos sido testigos de buena fe apoyando su afirmación. El rostro vulgar del comparsa era otro hallazgo más. Estaba elegido exprofeso para que, en su explicación, el doctor Reyln, pareciera inventar un personaje inexistente. Esta noche le di a Reyln indirectamente la clave del misterio. Le sugería dos posibilidades: o su amor por ella vencía y entonces se la llevaba lejos de Duffer, al Canadá, por ejemplo, o reaccionaba impulsivamente y la mataba. Por eso en mi librito de asesinos en embrión apunté el nombre del doctor, por si acaso la mataba, Dorothy, de lo cual me hubiese alegrado. Y apunté también el mío porque fui su instigador. Pero el justo peca siete veces al día. Me quedan, pues, seis pecados aún.

Sacó, Cadger de su bolsillo un sobre cuyo lacré rompió.

—Veamos las razones por las que Reyln no la mató, Dorothy. Es su carta escrita antes de suicidarse. La entregó al doctor aquí presente, y éste, a su vez, acaba de entregármela. ¡Lástima que se suicidase! —fue diciendo, mientras rasgaba el sobre—. No lo habría hecho si hubiese conocido la gran verdad de que para ser dicho basta con resignarse a no serlo. ¡Ah! El doctor Reyln principia su carta con un llamamiento a la discreción. «Confidencial y quémelo, Cadger». Lo siento infinitamente, doctor Reyln —y saludó hacia la camilla donde reposaba el muerto—. Pero yo no amo a su esposa,

sino que la detesto cordialmente. Voy a leer las líneas escritas por el hombre que prefirió suicidarse a matar. Señor Barkley, ¿qué tal le padecen un par de títulos para alguna de sus próximas obras: «La voz del muerto que acusa»... o «La esposa que mataba simbólicamente»?... Escuchen: por mi boca va a hablar Michael Reylan.

Roy Cadger empegó a leer, mientras la mayoría de sus oyentes miraban hacia la camilla. El doctor Cramer vigilaba a Dorothy Reylan...

«No debí llamarle, Cadger. Ha sido horrible el momento en que usted, con su detestable frialdad, y cuando todos mis invitados se hallaban en sus habitaciones, fue repitiendo las frases que Dorothy me decía, y que yo atribuía a inquieto cariño. “Descansa, Michael... No leas tanto... Trabaja menos... Reposa”... Se enteró por los criados, ¿no, Cadger? Y lo que ellos pensaban era solicitud cariñosa de mi esposa, era táctica destinada a aumentar la zozobra de mi espíritu... Fuí a matarla, Cadger, cuando supe en el “Montdor” que era cierto lo que yo antes sólo sospechaba: que ella amaba a Sandy Duffer. Después... la perdoné. Nos iríamos a Europa. Yo trataría de olvidar. Pero cuando ella se despedía de mí sonreía cariñosamente, con pena, con ofensivo cariño de piedad. La piedad que se tiene para un hombre al que no se quiere. La sonrisa con la que se escucha a un pobre loco... La pude matar entonces. Había reconocido que ella infectó las gasas destinadas a la operación de Van Dorn. Reconoció que ella estaba cansada de mí y que... Pero ¿a qué seguir, Cadger? Usted lo sabe todo mejor que yo aún. Déjela que siga su camino. Me hizo feliz... antes.

»Le felicito a usted porque me ganó en mi propio terreno de psicoanalista. Tuve ya un vislumbre de horrible sospecha cuando usted, estando todos reunidos, aludió a

que Dorothy podía querer intentar apartarme de mi manía de psicoanalista. Recordé que hacía algunos meses ella leía obras técnicas, ella que siempre fue frívolamente enemiga de mi profesión. Voy a matarme, Cadger.

«No puedo soportar la idea de que amé a una mujer capaz del peor de los crímenes: enloquecer al que la amaba».

—Firmado, Michael Reylan —terminó Cadger con adusto ceño.

Dorothy Reylan sollozaba ahora sincera e histéricamente. Cadger rió por vez primera con risa sonora y honda.

—Usted colocó simbólicamente la pistola en manos de su esposo. Si él la perdonó o la despreció, yo la despreció igualmente, pero no perdono. Ese crimen no puede castigarse como se merece, porque la ley no enjuició esta posibilidad. Pero diez años de presidio no habrá quien se los quite, Dorothy. Por chantaje con cómplices, por la infección de las gasas ¡y porqué yo emplearé todos los recursos que tenga para lograrle un largo acomodo en presidio!

Levantase pesadamente y con deleité colocó unas esposas en las muñecas de Dorothy Reylan...

—Acompáñela, doctor. Fuera aguardan mis sabuesos.

Acercóse Roy Cadger a Sandy Duffer, mirándole sonriente. Inesperada y velozmente le disparó un puñetazo entre las cejas, a la vez que le propinaba un seco rodillazo en el estómago. Le vio caer de nuevo sin sentido...

—Esa «expansión», en nombre del doctor. Siento no poder hacer más. Distinguido público: me despido de ustedes. Vuelvo a Nueva York. A propósito, señor King, ¿tiene algún inconveniente en acompañarme en su magnífico dos plazas? La secretaria estaría comodísima en el asiento de atrás.

—Muy honrado en disfrutar de su compañía... hasta Nueva York —replicó King, sonriente.

Beryl Ames, tras abrazar a «Baby», se interpuso en el camino de Roy Cadger, que se dirigía a la puerta.

—¿Por qué me dijo al venir hacia aquí que me iba a producir un disgusto presenciar su acusación?

—Por sensibilidad, Beryl. Usted es una mujer sensible y tiene

que estremecerla el ver que hay mujeres en apariencia bondadosas que son capaces de crímenes diabólicos. Adiós.

Instalóse en el *roadster* junto a King. «*Baby*» ocupó el asiento posterior.

—Es usted teatral y muy convincente, Cadger —reconoció King mientras embragaba—. Pero le vi desconcertado una vez...

—Sí. Cuando llegó Dorothy. Yo tenía la certeza de que Reylan la había matado. En fin, lo siento. ¿Inmoral mi deseo? Quizá. Por cierto, ¿le asusta la muerte, King?

—No. La muerte no me asusta porque vivo satisfecho, y no tengo el temor de morir, ya que he vivido lo suficiente y, bien.

—¡Guá! —comentó la voz de «*Baby*»—. ¿No le gustan las frases que usted llama paradojas, Cadger? Pues ¡tome del frasco!

—Es deliciosa su secretaria, King. Cuando le harte y la despidas, mándemela. ¿No desea saber a qué obedece mi anterior pregunta?

—Tengo una curiosidad bien administrada.

—Vea King. Anda por Nueva York un original caballero ladrón que se encubre bajo una palabra de cinco letras. Todo aquello que se sale de lo normal me interesa y tengo un colaborador que me recorta de los periódicos los reportajes raros. Cuándo el asunto del Silbador^[1], apareció la palabra «Audax». Reapareció en el asunto de la factoría Van Bloke^[2]. Interesantes casos sin resolver. Yo abro carpetas de los asuntos sin resolver, para entretenerme. Tengo una abierta para «Audax». La emplearé el día en que «Audax», sorprendido en uno de sus originales latrocinios con las manos en la masa... o en un vaso antiguo..., tenga que disparar porque su egoísmo de sibarita no le consentirá ingresar en una celda de presidio desprovista de confort.

Cerró los ojos Roy Cadger, mientras, imperturbable, Lord King conducía.

—Veo una imagen estéticamente bonita, King, pero macabra. Una imagen que, si se realizara, me dolería. Un enmascarado, de *frac*, disparando entre cortinas. Y a su lado una simpática rubita siente por vez primera vez cierto remordimiento... porque su reverenciado «Audax» se ha convertido de pronto en un criminal.

«*Baby*» pensó que más le valía callarse. Sentía por Roy Cadger dos inclinaciones: la de matarle y mucho respeto.

—Bien, bien, King. Le cuento todo eso para entretener el

camino.

—Gracias. Es usted entretenidísimo.

—Oiga, King: usted es rico, ¿verdad? Seguramente, «Audax», si fuera rico, no se metería en andanzas de ese género.

—Quizá el placer emocionante de la aventura. O quizá al tal «Audax» le asusta la idea de morir abandonado en la cama de un hospital o de un asilo, y acumula ahorros.

—Robando. Generosamente, como un ladrón caballeroso y justiciero, pero robando. ¡Diablos! ¡Cuánta inmoralidad hay en ese bajo mundo! ¿Verdad, señorita?

—Yo no estoy dispuesta a charlotear con usted, Cadger.

—¡Diablos! Se ha vuelto respetuosa su secretaria, King. Bien, les contaré algunos de los casos en que he intervenido con mi magistral acierto de siempre.

El resto del viaje fue citando Cadger casos originales. Al final, cuando ya estaban entrando en la capital, resumió:

—En el fondo, tengo algo de filántropo inmoral... como el tal «Audax». Pero, claro, aborrezco el crimen. Aunque admire el talento. Les quedo muy reconocido. A usted, señor King, por su elegante actitud, y a usted, señorita «Baby», por su dinámico y explosivo estilo. Adiós.

El rechoncho individuo se alejó silbando suavemente.

—¡Diablos, patrón! —suspiró «Baby»—. Ahí se va un hombre que puede hacerme muy feliz.

—¿Sí? ¿Cómo?

—El día en que lea su esquila mortuoria.





Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)

es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.

V. De

brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, v. Debrigaw, y Vic Peterson.

Notas

[1] El gangster solitario. < <

[2] Los mercaderes de la muerte. < <